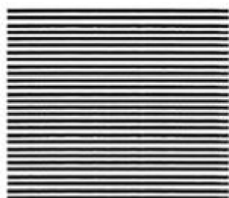
héroes del
ESPACIO

NOVELAS
ECSA

LA LLAMA HUMANA

CLARK CARRADOS

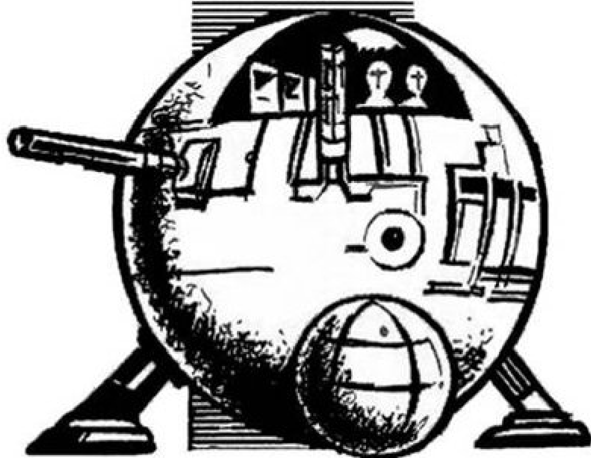
SOLO PARA
ADULTOS



héroes del

ESPACIO





ECSA

Clark Carrados

La llama humana

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.°8
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 18.66 — 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.º edición: junio

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

2. — Un mundo muerto — Burton Haré
3. — Galaxia mortal — Curtís Garland
4. — Los cazadores — Burton Haré
5. — Sangre terrícola en el Planeta 4 — Ralph Barby
6. — Los extraños — Curtís Garland
7. — El Planeta de las Sirenas — Joseph Berna

CAPÍTULO PRIMERO

El proyectil chocó contra la piedra y, tras el chasquido del impacto, se produjo una nubecilla de espeso vapor que, no obstante, se disipó con rapidez en la ardiente atmósfera de aquel desolado asteroide. Red Rutton, con la pistola desintegradora en la mano, maldijo entre dientes.

Rutton maldijo a Ziar, que era el nombre del asteroide, maldijo a su jefe, maldijo a los hombres que tenía frente a sí y se encolerizó con todo el mundo, pero especialmente consigo mismo. Rutton se trató de tonto, chiflado, sin seso y se dijo además otras muchas lindezas, proponiéndose firmemente abandonar la profesión si lograba salir de aquel difícil trance.

Estaba en Ziar y no precisamente por su gusto. Voluntariamente no habría viajado jamás a aquel cuerpo celeste, la mitad que la Luna, y tan desolado como el desierto del Sahara. En todo cuanto alcanzaba su vista, no se divisaba la menor mancha de verdor y, por supuesto, nada que indicase la proximidad de agua potable.

La falta de líquido, sin embargo, no le inquietaba en absoluto. Tenía de sobras en su nave. Lo que sucedía era que no podía moverse de aquel lugar o sus atacantes le abrasarían con sus pistolas.

Cosa que, por otra parte, iba a ocurrir tarde o temprano. La roca tras la que se encontraba había sufrido ya media docena de impactos. Los disparos la iban desgastando inexorablemente. En cualquier momento, un proyectil convertiría en humo los restos del pedrusco y entonces, su cuerpo quedaría enteramente al descubierto. Con las consecuencias que eran fáciles de imaginar. Su cuerpo se convertiría también en humo. Y entonces, los Ladrones de Es-Bahr se habrían salido con la suya.

Estaban allí, a unos ciento cincuenta metros de distancia, y eran tres. Ahora, a Rutton ya no le cabía la menor duda de que había sido atraído a una trampa.

Desesperado, sudando a chorros bajo los rayos de un sol que parecía derramar plomo liquido sobre la superficie del asteroide, trató de hallar una salida para la crítica situación en que se encontraba.

Había una, se dijo, pero no tenía la seguridad de que diese resultado. Sin embargo, debía intentarlo. No había otra opción.

Agazapado como estaba, se concentró profundamente en sí mismo. Cerró los ojos un instante. Todo cuanto le rodeaba desapareció de su vista durante una infinitesimal fracción de segundo.

De pronto, corrió por la llanura.

—¡Ahí está! —gritó uno de los Ladrones.

—Dispárale… —dijo otro.

—Sigámosle —propuso el tercero.

Los tres Ladrones abandonaron su refugio y echaron a correr en pos de la figura que se movía a toda velocidad por la llanura. Entonces Rutton se levantó un poco, apoyó el antebrazo en la roca, y tomó puntería.

Tres rayos de luz blanquísima surgieron en el acto de la boca de su pistola. El primer Ladrón se transformó en humo, sin enterarse de lo que le sucedía.

El segundo empezaba a volverse, cuando le alcanzó la descarga de lleno. El tercero tuvo tiempo de percatarse de que habían perseguido un espejismo. Pero fue lo último que pensó.

Desmadejado, exhausto por el esfuerzo mental, Rutton se desplomó al suelo. Durante largos minutos estuvo así sintiéndose totalmente incapaz de mover un solo dedo. Sus ropas se habían mojado completamente, a causa del sudor exudado por todos los poros de su cuerpo, y que incluso había llegado a formar un charquito en el suelo ardiente, pero se secaron muy pronto.

Al cabo de unos minutos, encontró el ánimo suficiente para ir a su nave. Lo primero que hizo fue beberse casi un litro de agua, sin tomar aliento. Luego se metió en la ducha y dejó que el líquido resbalase por todo su cuerpo, aliviándole así de los ardores padecidos. A continuación, fue al frigorífico y se atiborró de fruta

fresca. De este modo, pudo contrarrestar la deshidratación sufrida poco antes.

Finalmente un par de tabletas de glucosa le dejaron como nuevo. Entonces buscó un sombrero de alas anchas y volvió a salir de la nave.

Un cuarto de hora más tarde, encontró algo que le hizo volverse de espaldas. Por un momento, pensó que iba a vomitar. Aquello que yacía en el suelo había sido hasta aquel día un hombre. Ahora, sólo los huesos denotaban su procedencia.

Un sentimiento de cólera infinita hacia los Ladrones de Es-Bahr invadió su ánimo. Si había unos seres crueles en este mundo, eran los Ladrones. Un día, se prometió a sí mismo, vengaría la muerte de su compañero.

Al cabo de unos momentos, consiguió rehacerse y reanudó la marcha. No tardó en divisar la nave de los Ladrones, oculta en el fondo de una angosta grieta.

Rutton la registró a fondo, empleando en la tarea largas horas. Como esperaba, no encontró el menor rastro. Ningún Ladrón dejaba tras sí una pista cuando actuaba.

Eran una gente muy bien organizada, se dijo. Pero, al menos, tendría el relativo consuelo de haber eliminado a tres miembros de la organización. En cuanto a la nave, la haría volar por los aires. Eso les dolería un poco, supuso.

Cuando anochecía, se produjo la explosión; La nave de los Ladrones se convirtió en fragmentos de metal. Rutton emprendió el regreso.

Aún tenía algo que hacer. Una hora más tarde, el cadáver de Ned Grotow quedaba oculto por un enorme montón de piedras. Era ya de noche cerrada, cuando despegaba de Ziar, más resuelto que nunca a acabar con los Ladrones de Es-Bahr.

Pero la furia se le pasó bien pronto. Apenas llegó a su casa, dos días más tarde, se encerró en su gabinete de trabajo y redactó una carta de dimisión.

* * *

La mujer lanzó una risita. Rutton le arreó un pellizco en la desnuda nalga. Ella protestó, pero estaba claro que no lo sentía en absoluto.

—Eres tremendo, Red-dijo la mujer.

—Psé, normal —contestó él con aire intrascendente.

Se puso en pie, caminó hasta la mesa, asió la jarra y llenó dos copas con el líquido rojo que contenía el recipiente.

—¿Un trago, Phittys?

—Si, Red.

Completamente desnudo, Rutton se acercó a la cama y entregó la copa a Phittys. —A tu salud— brindó.

—A la tuya, buen mozo.

Bebieron. Rutton estudió el desnudo cuerpo de la mujer, pródigo en encantos.

—Eres guapa de veras —dijo.

—¿Lo crees así?

—Te lo he demostrado, ¿no?

—Algo he notado, en efecto —contestó Phittys con una risita maliciosa.

—¿Acaso te ha parecido poco? —Rutton enarcó las cejas, mientras ella se reclinaba indolentemente sobre las almohadas—. Pues yo creo que...

—¿Consideras que tienes suficiente?

—Me desafías, ¿eh?

Rutton dejó la copa a un lado y se acercó a la cama.

Un buen rato más tarde, Phittys lanzó un hondo suspiro. —Cielos, qué salvaje —exclamó.

Rutton lanzó una fuerte carcajada.

—Ahora sí has notado algo —dijo.

—Me has robado... el alma, ladrón.

Rutton oyó aquella palabra y se puso rígido. —¿Por qué has dicho eso? —preguntó.

—Bueno, es una frase cariñosa...

—No. Me refiero a la palabra «ladrón».

—Lo dije en sentido figurado, hombre. Oye, ¿qué demonios te pasa? —exclamó Phittys, un tanto irritada.

—No... no me hagas caso. En los últimos tiempos he tenido exceso de trabajo...

Phittys se incorporó sobre un codo y le miró fijamente.

—Apostaría algo a que estabas pensando en los Ladrones de Es-Bahr —dijo.

—¿Por qué lo piensas así?

—En este lugar se oyen muchas cosas. Y se aprende a tener la boca cerrada, Red. Hacer muchas preguntas es malo para la salud.

Rutton se sentó en el borde de la cama.

—Phittys, dime, ¿qué sabes tú de los Ladrones?

—¿Yo? —Ella emitió una risita forzada—. Lo que dice todo el mundo, naturalmente. ¿Para qué te voy a contar, si lo sabes mejor que yo?

—Y ¿cómo sabes que lo sé?

Ella se turbó un tanto.

—Bueno, se me ocurrió...

Rutton la agarró por una muñeca.

—Dime lo que sepas —pidió con voz ronca.

Phittys palideció. De repente se oyó un fuerte estruendo y se abrió la puerta.

—Hola, Red —dijo el recién llegado, con un vozarrón que hacía temblar los muros—. Menos mal que te he encontrado.

Rutton se volvió en el acto. —¡Dace! —exclamó.

—Yo mismo —contestó el gigante que estaba bajo el dintel de la puerta, un hombre que medía dos metros y veinte centímetros y pesaba ciento quince quilos, todo ello, sin embargo, puros huesos y músculos. Dace Tulls tenía un rostro horriblemente feo y, además, llevaba un parche negro sobre el ojo izquierdo, pero, extrañamente, resultaba tremendamente atractivo para las mujeres—. Red, «él» te llama.

—Dile que se vaya al diablo —contestó Rutton malhumoradamente—. ¿Es que no recibió mi carta de dimisión?

—A mi no me lo ha dicho, Red. Bueno, ¿vienes o te llevo?

Rutton dudó un momento. Tulls era tremendamente fuerte, aunque, en caso necesario, podría vencerle. Pero tendría que hacerle daño y no quería que uno de sus mejores amigos se convirtiese en su enemigo.

—Al menos, dejarás que me vista, Dace. Tulls soltó una risita.

—A ti no te estoy mirando —contestó, con los ojos fijos en el hermoso cuerpo de Phittys.

Ella le hizo un alegre guiño. Tulls contestó con un gesto análogo.

—Volveré luego, encanto-prometió.

—Aquí me tendrás, buen mozo-respondió Phittys.

* * *

Phittys se sentó frente al espejo de su tocador y empezó a cepillarse el pelo. De pronto vio la figura de un hombre reflejada en el cristal azogado.

—Rutton ha estado contigo —dijo el hombre.

—Sí —admitió ella.

—¿Qué le has dicho?

Phittys lanzó una risita.

—¿Yo? Vamos, no seas tonto. ¿Por quién me has tomado?

—El se ha dado cuenta de lo que haces, Phittys.

—Pero, hombre, te juro...

—Druggs acaba de llamarle. Ese gigante tuerto era su mensajero.

—No le había visto en mi vida, te lo aseguro.

—Ni volverás a verle.

Phittys se alarmó y empezó a volverse. Pero ya era tarde.

Algo se enroscó en torno al esbelto cuello de la mujer. Ella empezó a abrir la boca para gritar. El brutal apretón del lazo mecánico cortó secamente sus deseos.

Los ojos parecieron saltarse de las órbitas. La lengua asomó a través de los dientes, mientras el cuerpo sufría una terrible convulsión. El lazo se hincó profundamente en la carne, hasta el punto de desaparecer casi de la vista.

Los pies de Phittys batieron todavía el aire unos momentos. Luego, al fin, sobrevino la definitiva inmovilidad de la muerte.

El hombre abandonó la habitación. En las manos llevaba una bandeja vacía. La botella y las dos copas que había traído fueron el simple pretexto que le permitió llegar a la habitación de Phittys, para cometer su crimen sin levantar sospechas.

CAPÍTULO II

—Está que echa fuego por los ojos, puedo asegurárselo, Rutton.

—Me importa un rábano, señor. Para que el Procónsul pueda seguir con sus aspiraciones políticas, yo no vaya arriesgar mi pellejo. Ya sabe lo que le sucedió a Ned Grotow, ¿verdad?

Jocx Druggs, comisario de Seguridad Espacial, asintió con un gruñido.

—Pero no se le dice Procónsul, sino Gobernador General —barbotó—. Ese es su título, ¿comprende?

—A mi me parece que lo es —sonrió Rutton—. Hace poco, los nativos de Hali-Hah le pidieron que condenara a muerte a un delincuente. El Procónsul examinó la acusación y dijo que no encontraba motivos para enviarlo a la horca. Los nativos insistieron y, ¿sabe qué hizo él?

—He leído la Biblia, muchacho —gruñó Druggs.

—También el Procónsul. Aunque no pidió una jofaina con agua, les dijo que la responsabilidad de aquella muerte era exclusivamente de ellos. Por todos los diablos, ¿es que no tiene suficientes poderes para indultar a un acusado?

—Es preciso seguir la política oficial, de no enemistad con los nativos —dijo Druggs— Por otra parte, y si no me equivoco, alguien hizo que el asunto no terminase como en la Pasión, y liberó al acusado antes de que lo colgasen, ¿verdad?

Rutton miró al techo.

—Si el Procónsul se hubiese mostrado con más firmeza...

—¡No podía! —estalló Druggs—. Y no lo llame Procónsul. Si quiere compararlo con Poncio Pilato, llámele Procurador. Pilato lo era de Judea...

—Está bien, está bien, jefe. Volvamos a lo nuestro.

Los Ladrones de Es-Bahr. Quiere que siga acosándolos.

—Quiero que destruya esa organización. Están en todas partes. Cobran dinero hasta del aire que respiramos. Atacan las naves comerciales; organizan «razzias» contra los poblados situados en regiones alejadas y los saquean y matan a los hombres y violan a las mujeres. O terminamos con los Ladrones de Es-Bahr o ellos terminarán con nosotros.

—A lo mejor es eso lo que quieren —dijo Rutton con sorna—. Una vez llegasen al poder, proclamarían el estado espacial independiente de Berylia y decretarían la libertad de robo. Entonces, como todo el mundo podría robar, se acabarían los ladrones...

—Este no es un movimiento político —gruñó Druggs, rabioso—. Ni siquiera los Ladrones han empleado ese argumento para ocultar sus fecharas. La política les importa un pimiento.

—En lo cual estoy de acuerdo con ellos, señor. Druggs emitió un bufido.

—Está bien, Rutton. Necesito su respuesta para transmitírsela al Gobernador. Su Excelencia quiere que sea usted el que se encargue del caso, con atribuciones ilimitadas. Tiene permiso para todo, absolutamente todo.

—¿Qué pasará si asalto un Banco y vacío la caja fuerte?

—Nada, si destruye a los Ladrones —contestó Druggs sin pestañear.

—El fin justifica los medios, ¿eh?

—En este caso, sí. Recuerde a Ned Grotow.

—No quiero ni pensar en ello, señor. Usted no vio lo que yo vi en Ziar —dijo Rutton— Además, ¿se dio cuenta de que fue una trampa que me tendieron para llevarme hasta allí y liquidarme? Aunque me citó en aquel lugar, Ned no tenía por qué estar allí. Le capturaron y le obligaron a darme un mensaje... pero, ¿cómo sabían que él pertenecía a nuestro servicio? Le digo, jefe, que esos Ladrones tienen espías por todas partes. Cuando yo me vaya, haga examinar a fondo su despacho.

—Lo haré —prometió Druggs.

—Jefe, en esta organización debe de haber peces muy gordos, situados en puestos elevados. Si tiro de la manta...

—Si tira de la manta, esos peces irán a la sartén.

A cachitos, naturalmente.

Rutton se echó a reír.

—Está bien, voy a atracar a nuestro cajero. ¿Cuánto le puedo pedir?

—Mientras usted llega a su despacho, yo le diré por el interfono que atienda su petición, sin importarle la cuantía.

—Así da gusto trabajar —se despidió Rutton.

En la antesala se encontró de nuevo con el gigante.

—Dace, ¿quieres trabajar conmigo?

—Hombre, qué cosas tienes...

—Ven a verme mañana y estableceremos un plan de batalla. Tú ya sabes a qué me refiero.

El único ojo de Tulls chispeó vivamente. —Estoy deseando ir a la guerra —exclamó.

—Tendrás guerra... A propósito, Dace, ¿por qué no vuelves al «Albergue de Las Mil Estrellas»? Phittys es una buena chica, pero el instinto me dice que también es una espía de los Ladrones. Procura sonsacarla, ¿eh?

—Con mucho gusto, Red.

—En este caso, es una frase sumamente apropiada, nada metafórica.

Los dos hombres lanzaron una estruendosa y simultánea carcajada. Luego, Rutton se dispuso a regresar a su residencia.

Todavía no había anochecido. Las calles de la capital hervían. La gente se sentía ansiosa de diversión. En Berylia corre el dinero fácil. Las minas, el comercio... Era un centro espacial de enorme importancia financiera y ello se reflejaba en la menor de las actividades. Astronautas de todos los mundos conocidos y por conocer y con todas las formas corporales imaginables, acudían aquí para traficar y divertirse.

Un mundo lleno de luz y ruido... y que podía acabar en manos de una organización sin escrúpulos, que no vacilaba en recurrir a cualquier método, con tal de conseguir sus fines, nada honorables y sí sangrientos en más de una ocasión.

De pronto alguien llamó la atención del joven:

—¡Eh, Red! ¡Red Rutton!

Volvió la cabeza. Tendido lánguidamente en una litera, que portaban ocho hermosas mujeres, cuya única vestimenta era un

triángulo de tela roja más abajo del ombligo, había un hombre, lujosamente ataviado y con menos dedos en las manos que anillos.

Era Frigann Lentz, uno de los comerciantes más acreditados de Berylia, un hombre caprichoso donde los hubiera, como lo demostraba aquel fastuoso vehículo, pero también astuto como ninguno en sus negocios.

—Te saludo, Frigann —dijo Rutton.

—Dentro de dos días doy una fiesta en mi residencia. Estás invitado, Red.

—Gracias, pero no sé si podré...

—Oh, vamos, vamos, a Frigann Lentz no se le dice no nunca, sobre todo, en una ocasión como la presente. Mira mis chicas; además de portar mi litera, saben hacer muchas otras cosas.

Rutton miró a la hilera de mujeres que tenía más cerca, todas de un notable parecido, y se echó a reír.

—¿Las fabricas con molde, Frigann?

—Puede —contestó el comerciante—. Si no vienes a mi fiesta, patrocinaré una revolución para echaros a los terrestres de aquí.

—No habrá revolución, Frigann —contestó el joven.

—Así está mejor. Te saludo, Red Rutton.

Lentz hizo un ligero ademán y la litera reanudó su marcha. Un curioso intentó propasarse con una de las porteadoras, tocándole el apetitoso trasero, pero no se dio cuenta de que, además, Lentz llevaba consigo una discreta escolta. Dos de los guardaespaldas cayeron sobre el atrevido y lo dejaron inconsciente a golpes.

Rutton sonrió para sí. Luego reanudó su marcha. Cuando llegó a casa, ya de noche, se encontró con una sorpresa absolutamente inesperada.

* * *

La mujer que estaba allí sentada, se levantó y le miró fijamente. Era joven, muy alta, de figura sumamente esbelta y largos cabellos negros como ala de cuervo, lo mismo que sus ojos, grandes y rasgados. El largo vestido blanco que llevaba apenas si podía ocultar la doble curva de los senos, firmes, jóvenes, que no necesitaban ningún artilugio para mantenerse erguidos. Sobre uno de los sillones, Rutton divisó un manto negro, con capucha.

—Shana —dijo a media voz.

Ella avanzó y le tendió las dos manos. —No me esperabas—

sonrió.

—No. A decir verdad, no pensaba verte más. Tú conoces muy bien los motivos.

—Es cierto —admitió ella—. Pero ahora, la situación ha cambiado. He venido a buscarte, Red. Necesito tu ayuda.

—¿Ocurre algo malo en Shittanoga?

—Si.

Sobrevino un instante de silencio. Rutton rememoró los agradables momentos pasados junto a aquella hermosísima mujer, un par de años antes. No había habido nada entre ellos; las relaciones habían transcurrido en un plan absolutamente casto. Pero algo les había impedido unirse para siempre. La intransigencia de un hombre: el padre de Shana.

—Será mejor que te sientes y me lo cuentes con todo detalle —propuso él—. ¿Quieres algo de beber?

—Café, por favor.

—Claro.

—Mi padre no quería, pero ha accedido al fin, vistas las circunstancias —dijo Shana minutos más tarde—. Nos pillaron por sorpresa. Aterrizaron y dispusieron una batería de lanzahumos en torno a la ciudad principal. Naturalmente, la situaron de acuerdo con el viento que soplaba en aquellos momentos. El gas que lanzaron anulaba por completo nuestras facultades mentales.

—Y eso evitó toda resistencia.

—Si. Lo peor de todo es que los efectos del gas persisten indefinidamente. Estamos en sus manos, Red.

—Las manos, ¿de quién, Shana?

—El jefe se llama Bluto Kylh. Por ahora, él y los suyos se han mostrado muy corteses. No nos han hecho nada, pero han advertido que toda tentativa de rebelión, será aplastada sin piedad. Tú ya nos conoces; somos muy pacíficos y la violencia nos horroriza. Por eso, sin duda, hemos desarrollado tanto nuestra potencia mental.

—Lo sé —dijo Rutton—. ¿Qué más?

—Desconocemos todavía sus intenciones —declaró la joven—. No obstante, yo sospecho que los Ladrones quieren establecer una base en Shittanoga.

—¡Los Ladrones!

—Si. Aunque con algunas dificultades, dadas las interferencias

que el gas provoca allí en mi mente, conseguí captar algunos de sus pensamientos. No me cabe duda de que Kylh es un miembro destacado de la organización o no le habrían encomendado la jefatura de aquel grupo.

—Seguramente, pero, ¿por qué establecerse definitivamente en tu planeta?

—Eso es lo que no puedo comprender. Red, pude escapar y he venido a buscarte. Mi padre piensa ya de otro modo...

Rutton la miró fijamente.

—Impulsado por la necesidad, ¿eh?

Shana enrojeció al comprender el reproche.

—Oh, Red, no seas rencoroso... Piensa también en lo que somos nosotros... El instinto nos hace rechazar a los extraños... y sabes muy bien a qué se debe...

—Un sociólogo hablaría de sentimientos psicorraciales, ¿no?

—En todo lo demás, somos normales. Rutton sonrió.

—Shana, los Ladrones están en vías de conquistar este pequeña sistema solar —dijo—. Está protegido por la Tierra, pera es más bien una protección nominal. Nuestro gobierno no quiere roces con los nativos.

—Y por eso, los Ladrones han alcanzada una preeminencia tal, que les hace ser una especie de gobierno en la sombra. Si la Tierra se hubiera portada con más energía...

—Nuestro gabierno no está compuesto por hombres capaces de ver el futuro. Ni siquiera vosotros, los de Shittanaga, sois videntes, a pesar de vuestra enorme desarrollo mental.

—Es cierta, Red.

—Y hablando de potencia mental... Shana, hace poco tuve ocasión de comprobar la mía...

Le contó lo ocurrido en Ziar y terminó:

—Pero me quedé muy agotado. Creo que perdí tres kilos, casi todo en líquido. Fue un esfuerzo terrible, créeme.

Shana sonrió y se puso en pie.

—Ven, Red —llamó.

El joven acudió. Era un hambre de tremenda fortaleza física, con hombros muy anchos, aunque su estatura no pasaba de los ciento setenta y cinco centímetros, la misma que su bella visitante. Las frentes de Rutton y Shana se tocaron.

Ella levantó las manas y las puso en ambas ladas de la cabeza del joven.

—Cierra los ojos. Concéntrate, Red. Ruttan obedeció.

Un torbellino de vivos colares se agitó en el interior de su cráneo. Era una tormenta cromática, que rugía silenciosamente en su cerebro. Formas fantásticas aparecieran ante sus ojos, aunque los tenía cerradas. Los colores se acentuaran hasta un estallido final, de intolerable resplandor, al que sucedió una oscuridad total.

Y, de pronto, oyó la voz de la joven:

—Ya está. Abre los ojos, Red. Ruttan parpadeó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Shana sonreía de un modo especial.

—Tienes mucha más experiencia que yo —dijo— .

Por eso te he traspasado la mayor parte de mi potencia mental, aquí completamente libre de los efectos del gas. Prácticamente, no hay límite para ti en estos momentos. Puedes hacer cualquier cosa que se te antoje y sin el menor esfuerzo.

—Hace dos años, me traspasaste algunos poderes...

—Muy poco y sólo por... amistad. Ahora, ciertamente, las circunstancias han cambiado.

Rutton se apoderó de las manos de la joven. —Os ayudaré— prometió ardientemente.

En aquel preciso instante se oyó un zumbido.

CAPÍTULO III

El rostro de Tulls apareció de inmediato en la pantalla.

—Red, tengo malas noticias para ti —dijo—. Phittys ha sido asesinada.

—¿Qué? —gritó el joven.

—Como lo oyes. La estrangularon con un lazo automático.

—Oh, no…

—Lo siento, Red.

—Está bien, Dace.

—Pero no se ha perdido todo. El asesino fue un falso camarero, que subió a su habitación con una botella y dos copas. A la ida, nadie se fijó en él especialmente. Una de las chicas del albergue le vio cuando bajaba con la bandeja vacía y me ha dado su descripción. Le conozco. Es Krart Trawe, uno de los peores asesinos que puedas imaginarte.

—¿Sabes dónde vive?

—Trawe cometió un error. Se comprende, creía pasar desapercibido. La chica que lo reconoció me ha dado su dirección.

—Dime, Dace.

—Octava Perspectiva, cuatro mil seiscientos quince.

—Espérame en la puerta. Nos encontraremos justamente dentro de treinta minutos.

—Trawe es un tipo muy peligroso. Conoce todos los trucos habidos y por haber, Red.

—Yo también conozco unos cuantos, Dace.

Rutton cerró la comunicación y se volvió hacia la joven.

—Shana, creo que deberás quedarte en mi casa —dijo.

Ella asintió.

—Vine aquí directamente. No he tomado habitación en ningún

hotel —repuso.

—Perfectamente.

Rutton se encaminó hacia la puerta. Junto a la jamba derecha, había un cajetín que abrió, para dejar al descubierto una palanca con mango aislante de color rojo. —Bájala cuando me veas traspasar el jardín— indicó —. Así estarás segura.

Shana comprendió que se trataba de una alarma que la protegería mientras estuviese sola.

—¿Debo mover la palanca a tu regreso? —consultó.

—Oirás tres timbrazos seguidos, dos, uno y cuatro —respondió Rutton—. Si no oyes esa contraseña, no muevas la palanca.

—Tres, dos, uno y cuatro —repitió ella.

—Exacto.

* * *

Estaba apoyado indolentemente en un farol, de artístico fuste de hierro, cuando, de pronto, vio a Rutton a su lado.

—¡Red! ¿De dónde sales? —se pasmó el gigante.

—No te preocupes —sonrió Rutton—. ¿Está en casa?

—Sí. Comprobado, Red.

—Muy bien, vamos allá.

—Es un tipo duro, además de despiadado. Puede que disponga de protector mental contra posibles interrogatorios contra hipnosis.

—No le servirá de nada —aseguró Rutton. Entraron en la casa, un vulgar edificio de apartamentos, el lugar adecuado para un hombre que se dedicaba a la sangrienta pero lucrativa profesión de matar a la gente por dinero, y subieron a la segunda planta. Rutton llamó a la puerta poco después.

Alguien les estudió a través de una mirilla.

—¿Qué quieren? —preguntó el asesino.

—Deseo hablar con usted, Trawe.

—No le conozco. Váyase.

—Abra —insistió el joven.

La puerta cedió por sí sola. A dos metros de distancia, Rutton vio al asesino, parado en el centro de una pequeña sala, con los pies separados y las manos en la cadera.

—Me llamo Rutton —dijo el joven.

—Eso me importa un rábano —contestó Trawe.

—Has asesinado a una mujer llamada Phittys —Rutton le tuteó

bruscamente—. ¿Quién te pagó por esa muerte?

—Nunca he visto a nadie que se llamase así.

Hubo un instante de silencio. Rutton se percató de la actitud desafiante del asesino. Al menos en apariencia, estaba desarmado. Pero, aun así, no se comprendía su postura.

A menos que...

Rutton se concentró durante una fracción de segundo.

De súbito, se oyó un tremendo chasquido.

Delante de él, un cristal blindado, de diez centímetros de espesor, voló literalmente triturado en miles de fragmentos. Tulls respingó, mientras Trawe daba un salto atrás.

Rutton lo dio hacia adelante y esta vez no usó su potencia mental, sino la de su puño derecho. Trawe cayó fulminado con un solo golpe.

* * *

Tulls salió de una de las habitaciones interiores con un brazado de objetos de las más variadas formas.

—Puñal teledirigido, lazo automático, pistola lanza, agujas envenenadas, dardos perforantes. Vamos, todo un arsenal —dijo.

—Muy propio de un tipo como Trawe —convino Rutton.

El asesino empezaba a rebullir en el suelo. Rutton le había registrado ya, despojándole de un agudo estilete, que llevaba en una funda invisible, adherida al muslo derecho y construida de tal manera, que parecía formar parte de la epidermis. Los zapatos disponían de punteras con cuchillos eyectables y se los quitó también.

—Trae agua, Dace —pidió.

—Al momento.

Trawe gruñó malhumoradamente al sentir la mojadura. Luego se sentó en el suelo y miró desafiante a los dos hombres.

—N o diré una sola palabra —exclamó.

—Te equivocas. Vas a hablar como un loro borracho —dijo Rutton.

Y levantó la mano derecha. Trawe se echó a reír.

—Llevo protección contra hipnosis —aseguró—. La red está bajo el pericráneo —añadió.

—Tienes la casa asquerosamente sucia —dijo Rutton, impasible —. Está llena de bichos. Y me parece que con cangrejos carnívoros

de Woh-Ti ¡Cuidado, te atacan!

Trawe lanzó un espantoso chillido y retrocedió, hasta que sus hombros chocaron contra el ángulo formado por la unión de dos muros.

—¡No, no…!

Un agudo alarido brotó de sus labios. En la pierna izquierda brotó un poco de sangre.

—Soy domador de cangrejos carnívoros —sonrió Rutton—. Puedo hacer que se retiren, pero si no quieres hablar…

Trawe había perdido la moral en unos segundos.

—Sí, si… Hablaré, pero aleje a esos horribles bichos…

—Retroceded, chicos —ordenó Rutton.

Tulls se sentía pasmado. Él no veía ningún cangrejo carnívoro. Pero Trawe sí los veía. ¿Cómo había conseguido Rutton engañar al asesino?

Trawe estaba encogido en el rincón. Rutton se inclinó hacia él.

—¿Quién te ordenó matar a Phittys? —preguntó.

—No le conozco…

—Descríbelo.

—Treinta y cinco años, pelo amarillo, chato, una leve cojera… y la contraseña, claro. —¿La contraseña?

Trawe hizo un gesto con la mano, juntando el dedo medio con el pulgar, a la vez que se rascaba la mejilla con el índice.

—Así —dijo.

Rutton entornó los ojos. Era la primera vez que oía mencionar una cosa semejante.

—Esa contraseña la usan los Ladrones para reconocerse entre sí —adivinó.

—En efecto.

—Y el chato te ordenó matar a Phittys.

—Si.

—¿Le habías visto antes en alguna ocasión?

—No, nunca.

—¿Cuánto te pagó?

—Diez mil.

—¿Tan barato te cotizas?

—Es que, además, tengo un sueldo mensual

—O sea, eres un Ladrón.

—Sí —admitió Trawe desmadejadamente.

—Lo pagarás caro —afirmó Rutton.

Retrocedió un paso y agitó la mano derecha. Trawe lanzó un agudo chillido al sentirse voltear en el aire. Un segundo después, quedaba adherido por los pies al techo, con la cabeza hacia abajo.

—Así estarás hasta que llegue la policía —dijo Rutton, saliendo.

Tulls se frotaba los ojos con los puños. No sabía si estaba despierto o soñaba.

—El hombre mosca —exclamó

Rutton se volvió desde la puerta. Pese a sus desesperados esfuerzos, Trawe no conseguía adoptar la posición normal.

—Una frase que se ajusta exactamente a la realidad —concordó.

Salieron a la calle. Una vez en el exterior, Rutton dijo:

—Dace, habrá que buscar al chato.

—Si, Red.

—Es una pista pequeña, pero puede servimos de algo. Ah, no se te ocurra usar por ahora la contraseña secreta de los Ladrones.

—No conviene que sepan que lo sabemos, ¿eh?

—En efecto.

De pronto, Tulls se plantó frente a su amigo.

—Red, ¿cómo lo has conseguido? —preguntó.

Rutton se echó a reír.

—Lo leí en un libro —contestó.

—Asombroso —calificó el gigante.

—Se titula Aprenda usted magia por correspondencia, en diez sencillas lecciones —replicó Rutton alegremente.

—Red, si no te conociera hace años, diría que eres nativo de Shittanoga. Sólo ellos pueden…

Rutton puso la mano en el hombre de su amigo.

—Me vuelvo a casa —dijo—. Procura averiguar algo.

—Lo intentaré.

De pronto, Tulls empezó a manotear delante de sí.

—Condenado Red… ¿Cómo demonios lo ha conseguido?

Un segundo antes, Rutton estaba delante de él. Ahora había desaparecido de su vista. Filosóficamente, se encogió de hombros, renunciando por el momento a descifrar aquel enigma.

Encontrar al «Chato» era más importante, se dijo.

CAPÍTULO IV

El «Chato» entró en el apartamento y se sobresaltó al ver al hombre cabeza abajo, con los pies pegados al techo.

—¡Krart! ¿Qué diablos haces ahí? —exclamó.

—Ya ves, esperando al autobús —contestó Trawe con amarga ironía—. O tal vez es que me gusta dormir de este modo. Vamos, tira de mis manos y hazme bajar de una vez.

El «Chato» no contestó. Sin pronunciar una sola palabra, empezó a dar vueltas alrededor del hombre suspendido del techo.

—Esto no lo has hecho tú —dijo al cabo.

—No. He tenido visita.

—¿Quién?

—Dijo que se llamaba Rutton. Vino acompañado de un gigante tuerto.

—¿Y...?

—Nada. Los despaché con viento fresco —mintió el asesino.

El «Chato» dio otra vuelta en torno a Trawe.

—No te creo —dijo al cabo.

—¡Estoy diciendo la verdad! —chilló Trawe—. Liquidé a Phittys, como me ordenaste.

—Eso ya lo sé. Pero lo que está pasando no me gusta nada. Si estás ahí, es porque una mente poderosa te mantiene en esa posición.

—Hombre, no... Oye, si estás pensando en que me sonsacó, te diré que llevo protección contra interrogatorios bajo hipnosis...

—Esa red no sirve en determinados casos. O no estarías ahí, como una mosca. Rutton te ha hecho hablar.

—¡Te digo que no! No lo consiguió —vociferó Trawe. Y, en aquel momento, pensó en los cangrejos carnívoros. La sensación

había sido tan real, que incluso había percibido la mordedura de uno de aquellos feroces crustáceos y hasta había llegado a sangrar.

Calló de repente. El «Chato» se echó a reír.

—¿Lo ves? —dijo—. Has hablado, Krart. Moviéndose en sentido lateral, se situó a espaldas del asesino.

Trawe intentó volver la cabeza para ver lo que hacía el sujeto, pero no lo consiguió, pese a sus desesperados esfuerzos.

—Voy a descolgarte, Krart.

—Menos mal. Ya empezaba a desconfiar de ti.

—Soy hombre de toda confianza —dijo el «Chato» apaciblemente.

Llevó la mano a su espalda y, con todo sigilo, desenfundó un pesado machete de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, oculto en una funda sujeta a la parte posterior de su tronco. El machete tenía el filo de una navaja de afeitar.

De pronto, se convirtió en un relámpago de acero.

La cabeza de Trawe, limpiamente separada de su cuerpo, rodó por tierra. Chorros de sangre cayeron sobre el pavimento.

Un segundo después, los pies del asesino se despegaron del techo y aquel tronco sin cabeza cayó a tierra. El «Chato» hizo una mueca.

—La sangre es siempre algo asqueroso —masculló.

* * *

Estaba profundamente dormida, pero despertó de repente, sobresaltada, sin conocer los motivos de sus aprensiones. En silencio, se sentó en la cama y aguzó el oído.

Al cabo de unos segundos, se puso en pie, vestida únicamente con un liviano camisón. De puntillas, sin encender la luz, se acercó a la ventana, situada en la parte delantera, y miró al exterior.

Un hombre estaba detenido junto a los límites del jardín. Parecía observar la casa con todo detenimiento.

Al cabo de unos segundos miró a derecha e izquierda.

No había nadie a la vista.

El hombre echó a andar. Shana quiso gritar.

De repente se vio brillar un vivísimo fogonazo. Durante un segundo, la silueta del hombre fue un ascua de luz llameante, con los brazos extendidos en un último gesto de pavor ante lo irremediable. Luego, el resplandor se apagó. Shana no pudo ver el montoncito de cenizas negras que quedaba en el suelo.

Era una protección efectiva, se dijo. Luego pensó que lo mejor era volverse a la cama. Si alguien preguntaba, ella no sabía nada.

De pronto, oyó unos timbrazos.

Los contó con infinita atención. Era Rutton, supo, aliviada, a los pocos segundos. Entonces se levantó y corrió hacia el vestíbulo, para inutilizar la alarma.

—Red, alguien intentó entrar en la casa —dijo, muy excitada, después de que él hubiera franqueado el umbral.

Rutton la miró con curiosidad.

—¿Seguro?

—Presentí que alguien estaba muy cerca… Me levanté y lo vi en los límites del jardín. Cuando avanzó, se convirtió en fuego.

—No lo lamentes-dijo él.

—No, pero…

Rutton sonrió. El camisón de la joven era muy transparente.

—¿Por qué no te pones una bata? —sugirió. Shana enrojeció vivamente.

—Oh, Red, en qué cosas tienes que ir a fijarte…

—No pretenderás que vuelva la vista, ¿verdad?

Ella echó a correr. Cuando regresó del dormitorio, Rutton tenía en la mano un vaso que con tenía parte de un líquido ambarino.

—¿Un trago, Shana?

—Sabes muy bien que los shittanoguenses no bebemos —dijo ella.

—Lo siento, no me acordaba. De modo que vino un tipo…

—Ya no quedan más que cenizas, Red.

—Seguramente, no venía a por ti. Pero da lo mismo.

Rutton fue a la cocina y volvió con una escoba en la mano.

—¿Adónde vas? —preguntó Shana, extrañada.

—Me gusta tener el jardín limpio —contestó él intencionadamente.

Las cenizas eran poco más que un par de puñados de polvo negro. Sólo había quedado una cosa indemne: un anillo de oro, metal indestructible para cierta clase de descargas. En cambio, el intruso debía de llevar reloj de acero, porque no había quedado el menor rastro.

Regresó a casa y enseñó el anillo.

—Puede ser una pista —dijo.

—Red, quiero preguntarte una cosa —exclamó Shana.

—¿Sí?

—Ese hombre, indudablemente, venía a atacarte. Pero, ¿qué hubiera pasado si se tratase de una persona inocente?

—Cariño, en Berylia las personas honestas no van a la casa de un amigo sin avisarle previamente. Aunque parezca lo contrario, la honradez es la norma común de los berylianos. Claro que últimamente, ha surgido la secta de Los Ladrones de Es-Bahr y las cosas se han echado a perder un poco. Pero ya se arreglarán, descuida.

Sonrió y agregó:

—Lo mejor será que lo olvides todo y te vuelvas a la cama.

—Sí, es cierto.

—Ah, olvidaba una cosa, Shana.

Shana se volvió. —Dime, Red.

—Pasado mañana estoy invitado a una fiesta. Me gustaría que vinieses conmigo, aunque no sé si querrás...

—¿Por qué no?

—Shana, en Berylia es costumbre que las damas por lo menos, las jóvenes, lleven un pecho desnudo.

Ella apretó los labios.

—¿Crees que conviene que te acompañe? —preguntó

—Resultaría interesante.

—¿Cuál de los dos, Red?

—¿Eh? —Rutton tardó unos instantes en entender el sentido de la pregunta—. La moda es el izquierdo —dijo al fin.

—Muy bien, enseñaré el pecho izquierdo.

* * *

Tulls llamó al día siguiente.

—Trawe consiguió al fin despegarse del techo.

—Cuando apareció la policía —supuso Rutton.

—No, antes.

—¿Qué quieres decir? Estaba influenciado mentalmente, para no moverse de allí antes de que llegase el primer agente.

—Alguien se adelantó y le cortó la cabeza.

Hubo un instante de silencio. Luego, Rutton dijo: —Esa gente no perdona, Dace.

—No me gustaría pertenecer a su organización. Los beneficios

que pueden obtenerse, no compensan la pérdida del pellejo al menor error.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, compañero. ¿Algo más sobre el «Chato»?

—No, nada. Sigo investigando.

—Está bien.

Rutton cortó la comunicación. Shana apareció en aquel momento.

Estaba completamente cambiada. Ahora vestía una blusa blanca, de seda terrestre, perfectamente ajustada al pecho, de contornos clásicos, y pantalones cortos, también ceñidos, con botas altas hasta medio muslo. El pelo, que normalmente le llegaba a la cintura, estaba recogido en dos grandes bandas circulares, situadas a ambos lados de la cabeza. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso de cuero rojo, de piel de caimán chittanoguense.

—Te veo y no te conozco —sonrió Rutton. Ella sonrió, evidentemente halagada.

—En Chittanoga vestimos con más sencillez —contestó.

—Lo recuerdo perfectamente. Pero, ¿es que piensas salir?

—Claro. Voy a asistir a una fiesta. Debo comprarme un vestido adecuado.

—Te daré dinero…

—No es necesario; he traído lo suficiente.

—Bien, al menos, te acompañaré.

—Puedo ir sola, Red.

—Es arriesgado.

—Todavía conservo la suficiente potencia mental para rechazar a un posible atacante.

—Está bien, como quieras.

Shana echó a andar con paso largo y elástico. Antes de salir, se volvió hacia el joven.

—Ah, si vuelvo y no estás, ¿habrás dejado conectada la alarma? —consultó.

—Pisa la losa central de la entrada, entre los dos postes de la puerta. Repite la contraseña que te di, eso será suficiente.

—De acuerdo.

Rutton estuvo en la ventana, hasta que la vio desaparecer de su vista. Una mujer de una pieza, suspiró. Pero Shana tenía deberes

que cumplir con su pueblo; un día debería sustituir a su padre... y era necesario que se casara con un nativo.

—Olvídala, es lo mejor que puedes hacer —se aconsejó a si mismo, lleno de una extraña melancolía.

* * *

El anfitrión recibía a sus invitados en la entrada de su lujosa mansión. Los ojos de Frigann Lentz chispearon al ver a los recién llegados.

—Red, amigo mío —dijo efusivamente—. Cuánto me alegro de tenerte en mi humilde casa.

—Tú siempre tan exagerado —rió Rutton—. Si esta es tu humilde casa, yo soy un Ladrón de Es-Bahr.

Lentz soltó una estruendosa carcajada. Su vientre abultado se agitó mantecosamente.

—Tienes gracia, Red. Tú un Ladrón... Pero, dime, ¿quién es la beldad que te acompaña? Todavía no me la has presentado.

—Shana Wolth —dijo Rutton—. Shana, éste es Frigann Lentz, un pobre mendigo. Ahora se reúne con sus amigos; luego se irá por las esquinas, a pedir limosna...

Lentz volvió a reír.

—Tienes un humor magnifico, Red. —Se apoderó de una de las manos de la joven y la contempló penetrantemente—. Señora, esta noche voy a organizar un concurso de belleza. Le prometo el primer premio.

Shana hizo aletear sus espesas pestañas.

—Es usted muy amable, señor Lentz —contestó.

—Llámeme Frigan, como todos mis amigos. Red, perdona, pero tengo que atender a los invitados...

—Sí, claro.

Rutton tomó el codo de la joven y la empujó suavemente.

—¿Qué te parece? —preguntó en voz baja.

—¿De dónde saca Lentz tanto dinero? —dijo ella, asombrada ante el derroche de lujo que se ofrecía a su vista.

—Es un hábil traficante. Tiene éxito en sus negocios —contestó él.

La fiesta parecía muy animada, aunque era evidente que todavía no se hallaba en todo su apogeo. Por todas partes se veían hermosas mujeres, ataviadas con costosos vestidos y, la inmensa mayoría, con

un pecho al aire. Shana, por su parte, llevaba un traje largo, de color rojo fuego. El seno izquierdo, perfectamente redondo, rematado en un vértice rosado, quedaba al descubierto.

Poco después, tomaron asiento en un enorme salón, rodeado por un peristilo de altas columnas, y en torno a una larga mesa, en forma de U, en la que se veían los más exquisitos manjares.

Lentz ocupó la presidencia. Los sirvientes empezaron su trabajo. Mientras los invitados comían, unos artistas los entretenían con los más diversos juegos.

Primero salieron unas bailarinas, que fueron muy aplaudidas. Luego aparecieron dos espadachines, que sostuvieron un enconado duelo, hasta atravesarse mutuamente con sus aceros. Shana chilló al ver derrumbarse a los dos duelistas. Muchas de las invitadas gritaron también.

Pero, de pronto, los espadachines se levantaron.— Es un truco —dijo Rutton.

La gente aplaudió estruendosamente. Luego salió un forzudo, que sostenía a veinte personas, todas las cuales realizaban distintos juegos malabares con bolas, mazas y toda suerte de objetos.

El ambiente empezó a caldearse. Muchos de los invitados ofrecían ya el enrojecimiento propio de los que habían abusado del vino. Empezaron a producirse escenas eróticas.

Shana se mantenía erguida en su asiento, con los labios prietos. Rutton lo advirtió y apretó su mano.

—Relájate —aconsejó.

—Esto es… tan indecente…

—Son costumbres muy distintas —dijo él.

—¿Asistes a muchas fiestas como ésta?

—No lo hago con frecuencia. Pero ahora no podía rechazar la invitación.

De pronto, una opulenta matrona, cuyos ojos brillaban de un modo singular, se acercó al joven, con una copa en las manos.

—Acéptame un trago, encanto —solicitó.

Rutton contempló un instante el enorme pecho bamboleante que surgía fuera del vestido. Luego sonrió.

—Con mucho gusto, preciosa —contestó.

Alguien palmeó en aquel instante el exuberante trasero de la matrona.

—Karla, ven, vamos a divertirnos un rato —exclamó el individuo.

La matrona lanzó un chillido de alegría. —Sí, cariño— aceptó. Y se volvió de espaldas a Rutton, quien aprovechó la ocasión para verter el contenido de la copa, en la tierra de una gran maceta, en la que había plantada una palmera de salón.

Un segundo más tarde, se felicitaba de la acción. La matrona, todavía a su lado, se rascaba suavemente la mejilla con el índice. Sus dedos medio y pulgar estaban unidos en círculo.

CAPÍTULO V

La palmera era verde, pero, un minuto más tarde, había tomado un siniestro color amarillo.

Rutton sintió un escalofrío. A su lado, Shana le miraba intrigada.

—¿Sucede algo, Red?

—Mira —contestó él en voz baja.

Ella vio la palmera y se estremeció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Fue la gorda. Es uno de los Ladrones.

Shana se tapó la boca con una mano. —¿Cómo lo sabes, Red?

La matrona se alejaba con gran bamboleo de sus poderosas caderas. Rutton la observaba fijamente, mirándola por encima de su copa, de oro puro, con hermosos grabados. Nadie podía saber, por tanto, si estaba llena o vacía.

De pronto, la mujer se detuvo junto a un individuo que reía alegremente, sentado junto a una muchacha que había dejado caer sobre el regazo la parte superior de su vestido. El hombre acariciaba sin el menor recato los hermosos senos de la joven.

La matrona puso una mano sobre el hombro del sujeto. Fue apenas un instante, pero él se dio cuenta enseguida de la llamada y se puso en pie.

—Dispénsame, nena; vengo enseguida.

—Has bebido demasiada cerveza —rió la joven.

—Sí, es cierto.

Rutton tenía ahora los ojos fijos en aquel sujeto, cuya nariz ofrecía un aspecto casi ridículo, por lo pequeña. No cabía duda, era el «Chato».

La pareja se alejó y desapareció al otro lado de una de las cortinas situadas en el lado opuesto del peristilo. En aquel

momento, uno de los invitados se puso en pie, con una copa en alto.

—¡Amigos! ¡Atención, por favor! Escuchadme todos... Las voces y las risas se suspendieron rápidamente.

Decenas de pares de ojos se fijaron en el individuo.

—Demostremos nuestra gratitud al anfitrión que nos ha ofrecido tan magnífica velada, esta fiesta que no olvidaremos jamás. Propongo un brindis por Frigann Lentz.

Más de cien personas de ambos sexos, desnudas por completo algunas mujeres, se levantaron en el acto, con sus copas en las manos.

—¡Por Frigann Lentz! —fue el grito unánime.

El anfitrión no contestó. Estaba sentado en su monumental sillón, situado sobre un estrado algo más elevado que el resto de los concurrentes, de modo que podía dominar la perspectiva sin dificultad. Su cabeza estaba doblada a un lado.

—¡Mirad, se ha dormido! —gritó uno.

—¡Pobre Frigann! Los años le pesan ya.

—Se ha reblandecido. Antes era capaz de vaciar un barril y se quedaba tan tranquilo.

—Bueno, brindaremos con él cuando despierte. ¡Que siga la fiesta!

De pronto, se oyó un estridente alarido.

Una mujer lanzó un agudísimo chillido, a la vez que señalaba con mano convulsa el amplio pecho del anfitrión, en donde crecía rápidamente una mancha roja.

—¡Está muerto!

Rutton apoyó una mano en la mesa, saltó al otro lado y corrió a través de la estancia, hasta llegar a la presidencia. Volvió a saltar y rasgó con ambas manos la túnica que cubría el cuerpo de Lentz.

El agujero tenía casi dos centímetros de anchura.

Rutton agarró el cuerpo de Lentz por los hombros y lo hizo bascular un momento hacia adelante. Allí, hincado profundamente en el respaldo del sillón, estaba el objeto que había causado la muerte casi instantánea del anfitrión.

Era un dardo barrenador, disparado desde...

Volvió la cabeza. Frente a él, al otro lado del vasto salón, estaban las cortinas por donde habían desaparecido el «Chato» y su cómplice matrona.

El griterío era ensordecedor. Algunos de los invitados, repentinamente amedrentados, emprendieron una desordenada fuga. Otros, más avispados, cargaron con algunas piezas de áurea vajilla.

Rutton meneó la cabeza. Era imposible perseguir a los asesinos. Habían tenido tiempo suficiente para escapar.

—Llamen a la Policía —ordenó.

Era lo único que se podía hacer en un caso semejante.

* * *

—¿Qué es un dardo barrenador, Red?

Rutton fue a su despacho y volvió a poco con un extraño artilugio en las manos. Asombrada, Shana vio una especie de tubo, de casi diez centímetros de largo, por dos de diámetro, terminado en un cono, que se prolongaba en una barrena de acero, terriblemente aguzada en su extremo. El borde de las espiras no era liso, sino que estaba compuesto por una infinidad de paletas, de tamaño lógicamente decreciente hasta la punta. En el culote se advertían cuatro aletas, ligeramente alabeadas, así como un pequeño hueco, que permitía ver el interior.

—Se dispara con una pistola de gas comprimido a alta presión —explicó—. Apenas sale el proyectil del cañón, un depósito de gas, también comprimido, situado en el interior, pierde el cierre del culote, lo que hace que el dardo adquiera una terrible velocidad, por la simple fuerza de la reacción. En cierto modo, es un cohete, aunque no usa combustible que se pueda inflamar. Las aletas posteriores que ves le proporcionan una velocidad de giro de varios miles de revoluciones por minuto. Eso le permite atravesar casi cualquier cosa Y. como puedes comprender, también un cuerpo humano.

Estaban desayunando. Shana iba a llevarse a los labios la taza de café, pero volvió a dejarla sobre la mesa.— Me siento horrorizada —dijo.

—Es lógico. El dardo perforante es un arma que causa horribles lesiones en el cuerpo humano, casi siempre mortales, y más en el caso de Lentz, al que atravesó el corazón. Lentz murió instantáneamente, sin tiempo siquiera para gritar.

—¿De dónde sacaste tú ese dardo? —preguntó Shana.

—Oh, se lo quité a un tipo... Primero pensé en hacérselo tragar,

pero luego decidí quedármelo como recuerdo.

Ella le miró intensamente.

—Red, ¿no has pensado nunca en abandonar una vida tan agitada?

—Sí.

—Pero no lo has hecho.

—Salta a la vista.

—¿Por qué?

—Si he de decirte la verdad, presenté mi dimisión, pero no me la aceptaron. Aunque lo hubiera hecho dos años antes, si las cosas hubieran tomado otro rumbo.

Shana enrojeció por el reproche.

—No me culpes... del todo —dijo plañideramente.

—Si, las costumbres, a veces, son una carga muy pesada, de la que uno no se puede desprender, aunque quiera. Bien, dejemos esto.

De pronto, sonó el timbre de la puerta. Rutton reconoció la llamada en el acto.

—Es Tulls —dijo.

* * *

El gigante entró, agarró una rebanada de pan, la untó con mantequilla, puso encima mermelada, añadió más mantequilla y cubrió todo con otra rebanada. Luego, en dos mordiscos, despachó el bocadillo.

—Perdonad, pero estoy muerto de hambre-dijo, con la boca aún llena.

Shana se levantó.

—Dace, ¿cuántos huevos? —consultó.

—Seis —respondió el tuerto sin pestañear—. Añádeles un par de costillas de buey nativo y unas patatas fritas.

—¿Tendrás bastante con un kilo? —sonrió la joven.

—Psé, puede pasar...

Mientras Shana preparaba aquel desayuno, digno de Gargantúa, Tulls seguía comiendo, lo que no le impedía hablar:

—No he podido localizar al «Chato» —dijo.

—No esperaba que lo consiguieras tan pronto —contestó Rutton.

—Pero, en cambio, sé quién es la matrona que intentó envenenarte.

—Vaya, una buena noticia.

—Seguramente añadió ácido nítrico-5 a tu copa de vino, una sola gota, claro está. De otro modo, hubiera disuelto la copa, pero esa sola gota, te habría perforado el estómago en cinco minutos.

—La palmera se puso amarilla en uno, Dace.

—Tuviste suerte. ¿Cómo no bebiste el contenido de aquella copa?

—Simplemente quería mantenerme sereno. Apenas si probé el vino durante toda la noche.

—No cabe duda, fue una actitud muy sensata. Ahora te estaría llorando a ti, en lugar de llorar a Lentz.

—Dace, no me digas que lamentas...

—Era sólo una metáfora. ¿Sabes?, la muerte de Lentz ha causado una conmoción extraordinaria.

—Me lo figuro. Era un hombre muy importante.

—La servidumbre se desmandó. Su casa ha sido saqueada salvajemente.

—A él ya nada le importa. Bien, ¿cómo se llama la envenenadora?

Tulls alargó un papel hacia el joven. —Nombre y dirección —indicó.

Rutton leyó las palabras escritas en el papel y lo guardó en un bolsillo.

—Irás a verla —dijo Tulls.

—Claro.

—Espero que la encuentres con vida. Los Ladrones no perdonan...

—Si se trata de un asunto en el que intervinieron los Ladrones, no fallaron. Por tanto, sigue viva.

—Retuércele el pescuezo. No pienses que es una mujer; recuerda al pobre Ned Grotow.

Rutton asintió.

—Tú no lo viste después de muerto —contestó. Shana entró en aquel momento con una enorme bandeja en las manos.

—Dace, esto representaría para mí el desayuno de seis días, por lo menos —exclamó alegremente.

Tulls se frotó las manos.

—Eres un encanto, princesa de Shittanoga —dijo.

—Shittanoga —repitió Rutton pensativamente—. Bluto Kylh está

allí, con una pandilla de forajidos… pero, ¿por qué?

—Red, no estoy segura, pero creo recordar que en cierta ocasión les oí mencionar los Volcanes de Shittagoon —manifestó Shana.

—¿Qué es eso?

—Nunca he estado allí, a decir verdad, se trata de una zona muy peculiar, árida, en donde sólo hay volcanes extinguidos… Es todo lo que puedo decirte.

Rutton se puso en pie.

—Dace, yo tengo que salir —declaró—. Cuando termines, haz una consulta a la Biblioteca, por video. Toma una grabación; a mi regreso, quiero conocer los menores detalles de la zona de los Volcanes de Shittagoon.

—Enterado —dijo Tulls, apenas inteligiblemente, con la boca llena de carne y patatas fritas.

—¿Adónde vas? —quiso saber Shana.

—Dace cuidará de ti. Quiero conocer los motivos por los cuales una dama tan distinguida como Karla Syghall puso una gota de nítrico-5 en mi copa de vino.

—¿De veras es una dama distinguida? —preguntó Shana, incrédula.

—De las mejores familias de este planeta —respondió Rutton.

CAPÍTULO VI

La puerta se abrió. Una mujer joven, ataviada con un traje negro y vivos blancos, le miró inquisitivamente. —Sí.

—Soy Red Rutton. Deseo ver a la señora Syghall.

—La señora está durmiendo, señor.

—Despiértela.

Hubo un instante de silencio. Luego la doncella giró sobre sus talones.

—Sí, señor, al momento.

Rutton franqueó el umbral. Karla, indudablemente, era una de las mujeres más «snobs» y presuntuosas de Berylia. La decoración de su residencia era enteramente terrestre, y asimismo hacía que su sirvienta vistiese como se estilaba antaño en la Tierra. Le sobraba dinero, no cabía duda. Y tiempo para gastarlo. Seguro que se había casado ya media docena de veces. Sus amantes, calculó, no podrían contarse.

Karla apareció una buena hora más tarde, bostezando aparatosamente. Su exuberante cuerpo estaba envuelto en algo que a Rutton le parecieron veinte metros de tejido de vivo color escarlata. Pero, sorprendentemente, ofrecía un aspecto mucho más agradable que la víspera. El maquillaje que usaba era horrible.

—Hola, señor Rutton-dijo, con voz todavía espesa —. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Ayer me invitó usted a una copa en la fiesta de Frigann Lentz. ¿Lo recuerda, señora Syghall?

—¿La fiesta de Lentz? Pero, ¿qué está diciendo? Yo no fui; ese cerdo no tuvo siquiera la delicadeza de invitarme...

—Por favor, señora...

—Por favor, señor Rutton —cortó ella heladamente—. Si sólo ha

venido a decirme tonterías considere que hemos acabado ya. Haga el favor de marcharse.

—Aguarde un momento, se lo ruego —pidió él con gran vehemencia—. Quizá no lo recuerda; en esas fiestas, siempre se toma un trago de más.

—¿Y qué? Yo no estuve, de modo que...

—Usted estuvo, señora.

Karla le miró fijamente. De pronto, pareció vacilar y se sentó en un sillón.

—No me encuentro bien —murmuró.

—¿Quiere algo de beber?

Ella hizo un gesto negativo.

—La cabeza me da vueltas... No sé qué me sucede...

—Dispense que insista, pero tal vez le duran aún las consecuencias de la bebida.

—Le digo que no estuve... Señor Rutton, ¿por qué me acosa de esta manera?

—Lentz murió asesinado poco antes de la media noche. Alguien le disparó un dardo barrenador.

—¡Horrible!

—Sí, ciertamente. Pero también hubiera sido horrible que yo hubiese bebido el vino que usted me ofreció. Ahora no me encontraría aquí, hablando con usted.

—Pero, señor Rutton, yo... Le juro que no sé de qué me está hablando.

Rutton dudó un momento.

Karla parecía sincera. Pero a él no le cabía ninguna duda de que era la mujer que le había ofrecido una mortal copa de vino.

—Espere-dijo —. ¿Puedo llamar a la doncella? Ella nos dirá si, efectivamente, salió usted o no anoche de su casa, para asistir a la fiesta de Frigann Lentz.

—De acuerdo —accedió ella—. Hágalo, señor Rutton.

Tire de aquel cordón, por favor.

Rutton cruzó la estancia y agitó el cordón, rematado en una pesada borla de hilos de oro. Luego volvió la cabeza.

En aquel momento, se abría muy lentamente una puerta situada a espaldas de la dueña de la casa. Rutton captó la imagen de una pistola de grueso cañón, que se elevaba lentamente, para apuntar

directamente a la cabeza de Karla.

Aquella mano, pensó en una fracción de segundo, pertenecía a uno de los miembros de aquella siniestra organización llamada los Ladrones de Es-Bahr.

* * *

Rutton reaccionó con increíble rapidez, lanzándose hacia adelante, con los brazos extendidos, en un salto que le llevó a atravesar la sala en un instante. Chocó contra la puerta, de doble hoja, y la abrió con tremendo estrépito.

Al otro lado, se oyó un grito ahogado, a la vez que sonaba un sordo chasquido. Algo se clavó en el techo.

La doncella rodó con los pies por alto, ante la estupefacción de Karla, que no comprendía en absoluto lo que sucedía. Rutton se levantó ágilmente, pero la sirvienta no se quedó a la zaga y disparó su pie derecho, calzado con un zapato de medio tacón, en cuya punta había surgido bruscamente un cuchillo eyectable.

Rutton encogió el estómago y agarró el tobillo de la mujer, haciéndola dar una vuelta completa en el aire, con lo que cayó de nuevo cara al suelo. Entonces, Rutton se le arrojó encima y le retorció los dos brazos a la espalda.

También él conocía algunos trucos y estaba preparado para diferentes eventualidades. Sacudió la mano derecha y un hilo apenas visible brotó de su muñeca. Con rápido movimiento, ligó las de la doncella y luego, agarrando sus tobillos, los echó hacia atrás, de modo que quedaran unidos a las muñecas.

—Bueno —dijo, satisfecho, al levantarse—, estás enlazada como una ternera. Luego hablaremos, ¿eh?

Ella le escupió salvajemente. Rutton se echó a reír y fijó la vista en Karla, quien se asomaba temerosamente a la puerta de la sala.

—Pero... no entiendo...

Rutton se inclinó y recogió la pistola que la doncella había perdido en la lucha.

—Iba a matar la, señora Syghall —dijo.

Y señaló el agujero del techo, en el que había desaparecido el proyectil barrenador que estaba destinado a la dueña de la casa.

—Oh, no puedo creerlo. Mayfa era de toda confianza...

—Usted lo ha dicho bien: «era» —sonrió el joven— .

Miró un momento a la prisionera y luego cerró la puerta —.

Señora Syghall, quiero hablar con usted— añadió en voz baja.

—Sí, señor Rutton.

—Usted estuvo ayer en la fiesta de Lentz, de eso no me cabe la menor duda, y además, se marchó acompañada de un individuo que pertenece a la organización de los Ladrones de Es-Bahr. Un tipo alto, más o menos de mi edad, rubio y muy chato. ¿Lo recuerda?

—No.

Hubo un instante de silencio. Rutton tenía la vista fija en el rostro de la mujer. De pronto, se acercó a ella y le puso ambas manos en las sienes.

—¿Está bajo hipnosis?

Karla se estremeció terriblemente. Sus ojos voltearon con violencia en las órbitas.

—No sé nada, no sé nada...

Rutton cortó inmediatamente la presión que su cerebro ejercía sobre el de Karla. De continuar en la misma actitud, podía causarle daños irreparables.

—Siéntate, por favor.

Karla obedeció mansamente.

—¿Has estado en tratamiento psiquiátrico en alguna ocasión? —preguntó Rutton.

—Hace algunas semanas tuve fuertes jaquecas y fui a la consulta de un médico muy acreditado. Es el doctor Pelby y me curó radicalmente. Tiene muchos clientes de elevada posición. Se ha convertido en el médico de moda.

Rutton asintió con lentos movimientos de cabeza.

Una súbita sospecha se había formado en su mente, pero debía confirmarla, se dijo.

—Sin embargo has oído hablar en alguna ocasión de los Ladrones de Es-Bahr —dijo.

—Oh, sí, ciertamente. Pero yo no tengo nada que ver con esa criminal organización.

«Eso es lo que crees», pensó Rutton.

—Por supuesto —dijo en tono normal—. Mayfa, sin embargo, sí pertenece a la organización.

—Mi doncella... No acabo de creérmelo...

—Las pruebas lo demuestran. ¿Te importa que la interrogue?

—No, claro, aunque... dime, si es cierto que estuve en la fiesta

de Lentz, ¿qué es lo que hice?

—Nada, lo corriente en esas fiestas, hasta que te llegó el momento de actuar, porque alguien te lo ordenó y no pudiste desobedecer la orden. Primero me diste una copa envenenada. Y luego disparaste contra Lentz. O tal vez lo hizo el «Chato», pero de lo que no cabe duda es que te fuiste con él.

—Yo, convertida en una asesina… —se aterró Karla.

—Tú no eres responsable de ciertas acciones —dijo Rutton—. Está bien, no te preocupes; éste es un asunto que quedará solucionado muy pronto. Y ahora, con tu permiso, voy a hablar con esa especie de comisario político con faldas que los Ladrones habían puesto en tu casa.

Giró en redondo y abrió la puerta. Un hondo suspiro brotó de sus labios.

—Parece ser que no supe hacerlo bien —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Karla.

—Mayfa se ha escapado. Lo siento, pero tendrás que contratar otra sirvienta.

—Oh, eso no me costará demasiado… Pago buenos salarios y no doy demasiado trabajo —se ufanó la matrona.

Rutton meditó un momento. Luego metió la mano en el bolsillo, sacó una cajita y extrajo de ella una píldora que dejó con todo cuidado sobre una consola.

—Cuando contrates otra doncella, dale la píldora disuelta en té o café. Así tendrás respuestas exactas; no te mentirá como Mayfa.

—Lo haré —contestó Karla, que no acababa de salir de su asombro.

* * *

—De modo que ella no recuerda nada —dijo Tulls, pasmado.

—No. —Rutton aceptó la taza de café que le entregaba Shana y tomó unos sorbos—. Está sometida a una fortísima presión hipnótica, de tal modo, que no me atreví a sondear su mente ni tampoco a darle una píldora «de la verdad», temeroso de causar profundos disturbios en su cerebro. Aunque sí le dejé una de esas bolitas, para que su próxima sirvienta no la engañe.

—Pero no entiendo —intervino Shana—. ¿Por qué tienen que complicar a una mujer como Karla, un ser poco menos que inútil, dedicado casi exclusivamente a gastar su fortuna? ¿Qué clase de

ayuda puede prestarles ella?

—Más de lo que te imaginas. Por lo menos, anoche pudo haberme envenenado y, al menos, colaboró con el «Chato» en el asesinato de Lentz. Tal vez fue éste quien disparó la pistola, seguramente más experto, pero no podemos olvidar tampoco que Karla tiene infinidad de relaciones en todas partes. Y no es la única persona de relieve que ha pasado por la clínica del doctor Pelby.

—¿Qué quieres decir, Red? —preguntó Tulls.

—Es bien sencilIo. Pelby es uno de los Ladrones. Los Ladrones necesitan información y colaboración y sólo lo pueden conseguir de personas situadas en una posición elevada, social y económica. No les interesa que estas personas hagan nada delictivo, o al menos de una forma abierta. Los casos como Karla deben de ser la excepción y no la regla, pero es que, por lo visto, se les presentó la ocasión y decidieron no desaprovecharla.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Esas personas, es decir, las hipnotizadas por Pelby, actúan de forma enteramente normal, hasta que alguien necesita de ellas, sea lo que sea. Entonces, y con toda seguridad, mediante una contraseña grabada en lo más profundo del subconsciente, obtienen su colaboración. Luego, naturalmente, olvidan lo que han hecho, porque así se lo han ordenado también.

Apuró el café y añadió:

—Es un árbol gigantesco, cuyas raíces se extienden por todas partes; una especie de pulpo con miles de tentáculos, que se introducen en los rincones más insospechados, algo, en fin, contra lo que resulta dificilísimo luchar.

—Se me ha ocurrido una idea —exclamó de pronto el gigante.

—A ver-dijo Rutton.

—¿Y si el jefe hubiera pasado también por la clínica de Pelby?

—Es posible. Los Ladrones han conseguido informaciones supersecretas.

—Entonces se lo preguntaremos...

—No —contradijo Rutton rápidamente—. Mejor haremos una visita a la clínica.

—Red, recuerda tus poderes —dijo Shana.

—No lo olvido, pero mientras me sea posible, prefiero actuar como una persona normal. Pude haber sondeado a fondo la mente

de Karla, pero, sinceramente, no me atreví. Ella es inocente, no así Mayfa. A ésa sí le hubiera obligado a hablar por todos los medios.

—Pero, ¿cómo diablos se escapó? Tú la habías atado...

—Hace tiempo me quejé de la relativa fragilidad de la pasta que proporciona las ligaduras. Me prometieron reforzar su resistencia a la tensión, pero... es cosa de laboratorio y el laboratorio depende de la burocracia.

Tulls lanzó una gruesa andanada contra los burócratas. De pronto exclamó:

—Ah, por cierto, lo había olvidado. Ya tengo información sobre los Volcanes de Shittagoon.

—Interesante —dijo Rutton—. Cuenta.

—Se trata de una cadena montañosa, en la que abundan los volcanes apagados. Hacia el centro, es decir, en los puntos más elevados, hay seis volcanes, con cráteres cuyos diámetros oscilan entre los seis y los ochocientos metros, con una profundidad media de cuatrocientos. La estabilidad de la región es absoluta y no hay indicios de posibles movimientos sísmicos.

Rutton entornó los ojos.

—Unos volcanes apagados... ¿para qué diablos pueden servir?

—Siempre se puede extraer piedra pómez, muchacho.

—No, a ellos no les interesa la minería, salvo cuando se trata de diamantes, pero ya fuera de la mina. Lo mismo que el oro y la plata, claro. Pero los Ladrones no habrían ocupado Shittanoga sin un propósito determinado.

—Que nos resulta completamente desconocido —dijo Shana.

—Acabaremos por saberlo —afirmó Rutton—. Mientras tanto, convendría que estudiásemos el plan de asalto a la clínica Pelby.

—¿No piensas interrogar al propio doctor?

—Prefiero entrar en la clínica sin que él lo sepa.

—Muy bien-dijo Tulls —. ¿Cuándo piensas ir?

—Por la noche.

CAPÍTULO VII

El edificio se alzaba en la cumbre de una pequeña loma y estaba rodeado por un jardín, en el que abundaban árboles de frondosa copa. La propiedad estaba rodeada por una alta tapia de mampostería, por cuyo borde corría un hilo sostenido a trechos por pequeños postes aislantes.

Todas las luces, salvo los dos grandes faroles de la entrada, estaban apagadas. Situados al pie de la tapia, oyeron los gruñidos de los canes que merodeaban por el jardín, como protección contra posibles intrusos.

—Son perros de Dik-Bahr —identificó Shana. Rutton hizo un gesto de aquiescencia. Conocía aquella raza de canes, enormes como un terneros y capaces de arrancar la pierna a un hombre de una dentellada. La ferocidad de los perros de Dik-Bahr era proverbial; difícilmente lograban sus domadores conseguir su amistad. Y ni siquiera ellos podían volverles las espaldas.

—Tendré que amansarlos —sonrió Rutton.

Cerró los ojos un momento y proyectó su mente al interior del jardín. Cuatro enormes perros, de piel roja como el fuego, paseaban inquietos por el jardín. Era evidente que habían presentido ya la proximidad de intrusos.

Rutton actuó con enorme rapidez. En cuatro segundos, los canes depusieron su actitud. Dos de ellos empezaron a jugar alegremente.

El joven sonrió.

—Dace, ahora te toca a ti —dijo.

—Sí, Red.

El gigante llevaba I a la espalda una pesada mochila, de la que salía un tubo flexible, terminado en una manguera de metal, la cual, a su vez, estaba rematada en una esfera perforada por multitud de

agujeros microscópicos. La manguera tenía una empuñadura de pistola, con gatillo, que Tulls accionó sin perder tiempo.

Diez segundos más tarde, se había abierto en la base de la tapia un agujero circular de casi un metro de diámetro. La piedra y la argamasa eran sólo polvo.

—Adentro —dijo Rutton.

Los canes acudieron saltando alegremente, aunque sin emitir un solo ladrido. Rutton jugueteó con ellos un momento, ante el pasmo de Tulls, y luego los despidió con un simple ademán. Los perros se alejaron pacíficamente.

—Shana, pellízcame, estoy soñando —dijo Tulls. La muchacha sonrió.

—Eso no es nada —contestó.

—Sí, ya le he visto aparecer y desaparecer, como si fuese un fantasma.

Rutton seguía andando hacia la casa. Era una construcción de tres plantas, grande, con veinte habitaciones en los dos pisos superiores. La planta estaba destinada a recepción y clínica propiamente dicha. En los pisos se alojaban los pacientes sometidos a tratamiento.

Pelby debía de sentirse muy seguro de sí mismo, ya que se limitaba a los sistemas de alarma, fácilmente vencidos, y a los perros, amansados por las órdenes mentales de Rutton. En el interior del edificio, todo era silencio y tranquilidad.

Rutton abrió la puerta y estudió las que se veían en las paredes del vestíbulo. En una de ellas vio un título significativo: OFICINAS.

—Vamos allá —dijo.

En silencio, cruzaron el vestíbulo y abrieron la puerta de las oficinas. Al fondo se veía una gran caja fuerte. —Eso es cosa tuya, Dace— indicó el joven.

Tulls se acercó a la caja y estudió la combinación durante algunos segundos. Luego empezó a mover la rueda.

Transcurrió un minuto. De pronto sonó un leve chasquido.

—Ya está-anunció Tulls. Rutton alargó la mano.

—Espera, no abras.

Rutton abandonó la estancia y cruzó el vestíbulo.

Después de unos momentos de observación, descubrió la puertecita de un armario empotrado en la pared. Abrió y,

satisfecho, vio el interruptor general, que desconectó en el acto. Luego, con una linterna encendida en la mano, regresó a la oficina.

—Ya puedes abrir, Dace.

Tulls hizo girar la pesada puerta de la caja.— Había una alarma, ¿eh? —adivinó.

—No lo sé. En el puesto de Pelby, yo la habría colocado —contestó el joven.

Dentro de la caja había varios libros de cuentas, unos cuantos fajos de billetes, y una caja metálica, de forma alargada. Rutton alargó la mano.

—Creo que esto es lo que andamos buscando —dijo.

Entregó la linterna a Shana, alargó las manos y sacó la caja —. Dace, prepara la cámara.

—Está bien.

Rutton puso la caja sobre una mesa y levantó la tapa.

Tal como había supuesto, estaba repleta de fichas relativas a los pacientes.

Estudió las primeras, que no parecían ofrecer demasiado interés. Buscó la de Karla y encontró en ella algo que no aparecía en las fichas examinadas: una H de color rojo.

Era una pista. Volvió al principio y empezó a separar todas las fichas en las que aparecía la H roja, que Tulls fotografiaba inmediatamente.

—¿Qué significa esa letra, Red? —preguntó Shana.

—Seguramente, hipnosis. O hipnotizado, tanto da.

—Veo algunos nombres muy conocidos...

—Lo había vaticinado —dijo él, satisfecho.

El número de personas sometidas a la voluntad de Pelby era asombroso: más de cien. Y todas ellas ocupaban altos cargos o eran personajes de gran relieve social.

De pronto, Rutton encontró una ficha en la que había dos H.

—También el jefe —exclamó, desolado.

—¿Druggs? —dijo Tulls.

—Doble «ración» —contestó Rutton.

—Es increíble —murmuró el gigante—. Nuestro propio jefe...

—Red, ¿indican esas fichas la palabra clave? —preguntó Shana.

—No, no hay nada sobre el particular.

—Sería preciso devolver al jefe a la normalidad —dijo Tulls.

—Algo habrá que hacer, en efecto-convino Rutton —. Bien, ¿has terminado ya?

—Sí, Red.

—Entonces, es hora de que nos marchemos. Luego pensaremos en lo que conviene hacer.

Las fichas volvieron a su sitio y la puerta de la caja quedó cerrada. Pero casi en el mismo instante, se encendieron las luces.

Un hombre apareció en la puerta de la oficina y empuñaba una pistola que disparaba dardos barrenadores.

—Hola —dijo el «Chato».

* * *

Detrás del sujeto, que sonreía perversamente, había otro individuo, alto, medio calvo y con barbita en punta. Aunque no lo había visto nunca, Rutton adivinó su identidad en el acto.

—Han aparecido muy oportunamente —comentó.

—A veces, uno tiene que levantarse a media noche

—dijo el «Chato» con ancha sonrisa —. Tiene sed, o le molesta la vejiga llena... Naturalmente, acciona el interruptor de la luz, pero si no funciona, piensa que algo debe de estar ocurriendo.

—Y entonces acude a investigar.

—Exactamente.

—¿Qué hacen ustedes en mi casa? —tronó el sujeto de la barba en punta—. Voy a llamar a la Policía...

—Usted no hará eso, doctor Pelby —aseguró Rutton, sin perder la calma—. ¿No es verdad, «Chato»?

—Me llamo Host Djawan —contestó el interpelado hoscamente.

—Bueno, bueno, no es para ponerse así. Doctor, ¿sabe que hemos fotografiado todas las fichas marcadas con la letra H?

—¿Cómo lo supieron?

—Me lo dijo un pajarito.

—Se lo dijo Karla Syghall —gruñó Djawan.

—«Chato», usted debe ocupar un puesto relativamente alto en la organización —dijo Rutton—. Tengo ganas de echar una parrafada...

—No habrá conversación —le interrumpió el sujeto.

—Red, ahora me doy cuenta por qué no podía encontrar a este bastardo —dijo Tulls—. La clínica es un buen escondite.

—Si, ciertamente —convino el joven.

—¿Piensa matamos? —preguntó Shana.

—¿Acaso lo duda? —contestó Djawan.

—Puedo ofrecerle dinero...

Rutton extendió una mano.

—Es inútil, no te molestes —exclamó—. El señor Djawan no acepta sobornos. ¿O me equivoco?

—Ha acertado —dijo el «Chato»—. Vamos, muévanse.

—Ah, no quiere manchar de sangre el despacho.

—Será mejor que cierre el pico de una vez...

—Espere un momento, Host —pidió el joven—. Antes quiero saber qué hacen sus amigos en los Volcanes de Shittagoon.

Djawan se estremeció fuertemente. —¿Cómo lo han sabido? —chilló.

—También nosotros tenemos nuestras fuentes de información —contestó Rutton con jovial acento.

Aunque sin mirarle, para no perder de vista a los tres intrusos, Djawan se dirigió a Pelby:

—No hay otra solución; es preciso eliminarlos.

—Aquí no —dijo Pelby angustiadamente—. Me disgustan... los espectáculos, Host.

—Tipo flojo —rezongó Djawan despectivamente—. ¡Vamos, fuera!

Entonces, Rutton decidió hacer una prueba.

La mano de Pelby golpeó súbita y duramente el antebrazo de Djawan, de tal modo que, durante una fracción de segundo, la boca de la pistola quedó encarada directamente a su propio estómago. En el mismo instante, se oyó un sordo chasquido.

Djawan dio un salto atrás, con los ojos desmesuradamente abiertos. Un violento chorro de sangre brotó de su espalda, hacia el costado izquierdo, después de que el dardo barrenador atravesara su cuerpo, tras entrar por el costado opuesto.

El sujeto se tambaleó visiblemente. De pronto giró sobre sus talones y cayó de espaldas al suelo.

Pelby parecía anonadado por lo sucedido y no acertaba a reaccionar. Rutton saltó hacia él, lo agarró por el cuello y le hizo entrar a viva fuerza.

—Cierra la puerta, Dace —ordenó.

El gigante obedeció en el acto. Rutton apretó con una sola mano

el cuello del psiquiatra.

—Doctor, puedo destrozar su mente y convertirle en un vegetal para el resto de sus días —amenazó—. Pero no me gusta llegar a ciertos extremos, a menos que me obliguen a ello. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Pelby tenía las caderas apoyadas en el borde de una mesa. La mano de Rutton le forzaba a echar el cuerpo hacia atrás.

—No... no lo haga... Usted me ha ordenado... golpear la mano de Djawan, ¿no es cierto?

Rutton sonrió torvamente.

—Empiezo a pensar que es un buen psiquiatra —contestó—. Bien, dígame la palabra clave que impulsa a sus pacientes a actuar, según las conveniencias de cierta organización.

—E... es... «Rockhawur» —contestó Pelby.

—Lo cual quiere decir que basta pronunciar esa palabra, para que la persona sometida a hipnosis haga sin rechistar lo que se le mande.

—Si.

—Luego, naturalmente, es preciso que el paciente olvide lo que ha hecho, ya que debe ignorar en todo momento que es una marioneta en manos de los Ladrones. ¿Cuál es la palabra?

—«Ruwahkcor».

—«Rockhawur» al revés —indicó Shana.

—Completamente lógico —rió Tulls.

—Muy bien —siguió Rutton—. Doctor, el jefe Druggs está también sometido a hipnosis. Pero en su ficha hay dos H. ¿Qué significa eso?

Pelby vaciló. Estaba espantosamente pálido.— ¡Vamos, conteste! —gritó el joven.

—¿Me... me promete que no va a hacerme daño? —preguntó Pelby, totalmente desmoralizado—. Yo no quería... pero ellos me obligaron... Tengo esposa y dos niños preciosos... Amenazaron con arrojarlos vivos a la Laguna Hirviente... Usted sabe qué es eso...

Sí, asintió Rutton mentalmente. Era un pantano volcánico, en el que los Iodos hervían continuamente, un lugar horrible, desolado, por cuyas inmediaciones no se aventuraba nadie jamás. Pero se podía sobrevolar y lanzar a los barros hirvientes a una persona, cosa que había sucedido en más de una ocasión, cuando se trataba de

eliminar un testigo o un enemigo molesto.

Lo peor de todo era que los barros hirvientes eran muy densos y la persona que tenía la mala suerte de caer en aquel lugar infernal, tardaba mucho en hundirse y padecía los mil tormentos antes de morir cocida.

—No le haré daño —prometió.

—E... el proceso del jefe Druggs... es irreversible. Ni yo mismo podría desligar su mente de la sujeción que tuve que imponerle...

—Es decir, obedecerá siempre las órdenes de los Ladrones.

—Sí...

Rutton apretó los labios.

—Eso es algo que todavía está por ver —dijo—. Una última pregunta. ¿Quién es el jefe?

Los ojos de Pelby se movieron un instante hacia el ensangrentado cuerpo que yacía a poca distancia.

—El lo sabía —contestó opacamente.

—Te dejas algo —intervino Shana—. Doctor, ¿fue Djawan quién asesinó a Lentz?

Pelby no respondió, pero su silencio resultaba harto significativo. Rutton decidió que ya habían terminado allí por aquella noche.

—Vámonos —dijo.

De repente, Pelby salió de su inmovilidad y corrió tras ellos.

—Por favor, no me dejen —imploró—. Cuando sepan que Djawan ha muerto, sospecharán lo ocurrido y me matarán a mí también. Llévenme con ustedes, protéjanme...

—Si es necesario, ¿accederá usted a declarar en un juicio? —preguntó el joven.

Pelby vaciló. Rutton lo empujó con fuerza hacía atrás.

—Doctor, usted estuvo ganando buenos dineros con sus trucos de hipnosis —dijo despectivamente—. ¡Enfréntese con su suerte!

Ya no pronunció una sola palabra. Dejando a un hombre entregado a la desesperación, abandonó la casa, seguido de Shana y del fiel Tulls.

CAPÍTULO VIII

—¡Por todos los diablos! Eso es imposible —gritó Druggs a la mañana siguiente—. No estoy hipnotizado...

Impasible, Rutton arrojó sobre la mesa, la fotografía de su ficha.

—Doblemente hipnotizado y de una forma totalmente irreversible. Los demás, podrán librarse del poder que cualquiera puede ejercer sobre ellos, mediante la palabra clave, una vez se pronuncie la que anula los efectos de esa hipnosis. Pero en usted resulta imposible.

Druggs se pasó una mano por la cara. —Yo estuve en esa clinica...

—¿Para qué? Es fuerte como un roble, su salud mental es magnífica. ¿Qué necesidad tenía de un psiquiatra? —se asombró Rutton.

El jefe parecía avergonzado.

—Fui... Hubo una temporada en que padecía unas fuertes jaquecas...

—Y Pelby le curó.

—Debo admitirlo. ¡Caramba!, es un médico muy reputado, fuera de toda sospecha... Al menos lo estaba hasta ahora.

—Ya le dije que los Ladrones estaban infiltrados en todas partes. De otro modo no se comprendería la muerte de Grotow. El lugar de la cita en Ziar sólo lo sabíamos tres personas: Grotow, yo... y usted.

—¿Quiere decir... que avisé a los Ladrones...?

—Indudablemente.

—Pero, ¿a quién?

—Usted no lo recuerda y es posible que no lo consiga jamás. Por otra parte, tampoco importa ya demasiado. Lo que interesa realmente es evitar que haga otra cosa semejante.

—Haré algo mejor. Dimitiré. Me volveré inmediatamente a la Tierra.

—No le dejarán —aseguró Rutton.

—¿Cómo?

—Si dimite, sospecharán la verdad.

—Pero ustedes han estado ya en la clínica. Pelby les contará lo que ha sucedido…

—Pelby callará, por la cuenta que le tiene. Apostaría cien a uno, a que simula un asalto a su caja fuerte. Djawan sorprendió al intruso y éste lo mató.

—Entonces, ¿debo seguir?

—Si, aunque, por pura precaución, no le diré nada de lo que pienso hacer hasta que haya terminado con la organización.

—Es una buena idea —admitió Druggs desmadejadamente. Se tapó la cara con las manos—. Dios mío, y pensar que yo maté al pobre Grotow…

—Un hombre que actúa por orden de otro y bajo influjo hipnótico, es absolutamente inocente de sus actos. No tiene usted la menor responsabilidad en la muerte de Ned.

Druggs asintió. Rutton le miró con simpatía. Aquel hombre se sentía verdaderamente abrumado.

—Jefe…

—¿Sí, Red?

—En la Tierra hay buenos psiquiatras. Cuando todo esto haya terminado, usted, tal vez… Al menos, si yo estuviese en su lugar, lo intentaría.

—Lo haré, lo haré —contestó Druggs.

Rutton meneó la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—Tardaremos en vernos, jefe —se despidió.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Rutton estaba en el baño. Shana miró con curiosidad a la hermosa joven que tenía frente, a si.

—Diga, señorita.

—Tengo entendido que Red Rutton vive aquí —manifestó la visitante.

—Sí, en efecto…

—¿Quiere decirle que deseo hablar con él?

—Pase, señorita. El señor Rutton vendrá enseguida.

La joven quedó en pie, a pesar de la invitación que le había hecho Shana, contemplando con aire distraído la decoración de la casa. Era una mujer joven, unos treinta años, de senos opulentos y amplias caderas, con abundante pelo rubio. Shana estimó que la visitante tenía muy poco gusto para vestirse; el traje de una sola pieza, seguramente de un número inferior a su talla, le sentaba desastrosamente.

Pero a ella no parecía importarle demasiado su apariencia. Durante el tiempo que estuvo aguardando, no pronunció una sola palabra.

Rutton apareció unos minutos más tarde. De pronto, se detuvo en seco.

—¡Mayfa!

—Hola —sonrió la aludida—. No esperaba verme de nuevo, ¿verdad?

—Para ser sincero, no —contestó Rutton secamente—. ¿En qué puedo servir a una asesina?

Shana se sentía atónita. Conocía lo ocurrido en casa de Karla Syghall y nunca habría sido capaz de imaginarse semejante desfachatez.

—A mi no tiene que darme nada —respondió Mayfa—. Sólo deseo entregarle un mensaje.

Y abrió el bolso que pendía por la correa de su hombro izquierdo. Rutton, veloz como el pensamiento, saltó hacia ella y le sujetó la muñeca.

—No quiero correr riesgos —dijo.

Mayfa le miró burlonamente —Estoy desarmada— declaró.

—Por si acaso…

No había armas en el bolso, sólo una «cassette» de video, que Rutton se dispuso a devolver a su dueña. Pero antes de que volviera a meterla en el bolso, Mayfa dijo:

—El mensaje está ahí, precisamente. Les conviene oírlo, a los dos, claro.

Rutton miró recelosamente a la mujer. Luego entregó el cartucho de cinta a Shana.

—Proyéctalo —indicó.

Shana insertó el cartucho en el alvéolo correspondiente. Mayfa inició la retirada, pero Rutton la agarró por el brazo.

—Quiero que lleve nuestra respuesta —dijo.

La pantalla del televisor, de dos metros de largo por uno setenta de alto, se iluminó instantáneamente. Shana lanzó un agudo grito:

—¡Papá!

En el vidrio deslustrado había aparecido la figura de un hombre, de grave apariencia, cubierto con un manto rojo, adornado con dibujos de plata y un gran bastón en la mano, semejante a un báculo eclesiástico. Al fondo de la imagen, se divisaban las casas dispersas del poblado que era la capital de Shittanoga.

El hombre empezó a hablar:

—Hija, Shana, te ruego vuelvas cuanto antes a casa.

Di a tu amigo, Red Rutton, que abandone todo trabajo relacionado con nosotros y con los hombres de Bluto Kylh. Hazlo así, si quieres que mi pueblo, que un día será el tuyo, pueda seguir viviendo. Me han dado una semana de plazo; pasado ese tiempo, nos destruirán. Tienen armas muy poderosas y pueden hacerlo. Vuelve a casa, hija.

La imagen se apagó. Rutton, con el rostro contraído por la ira, se volvió hacia Mayfa.

—Piensan en todo —dijo.

Mayfa sonrió burlonamente.

—Procuramos no dejar cabos sueltos —contestó.

—¡Yo no quiero volver! —protestó Shana repentinamente.

—Entonces ya sabe lo que ocurrirá... Rutton cortó las palabras de Mayfa.

—Diga a sus amigos que, Shana volverá en la primera astronave que zarpe para Shittanoga. En cuanto a mi, considere que he cesado en todas mis actividades.

—Es lo mejor que puede hacer —se despidió Mayfa. Rutton la vio salir de casa, sin prisas, contoneándose aparatosamente, como si quisiera continuar burlándose de ellos. De repente, concibió una idea y echó a correr hacia la puerta posterior de la casa.

—¡Quédate aquí y no te muevas hasta que regrese! —vociferó.

* * *

El aeromóvil en que viajaba Mayfa y que ella misma pilotaba, se posó en la terraza del edificio. Mayfa se apeó y caminó hacia la puerta de ascensores. Momentos después, abría la puerta de un apartamento situado en la planta catorce.

Un hombre salió a su encuentro.

—¿Qué tal? —preguntó.

Mayfa sonrió, a la vez que juntaba el índice y el pulgar en círculo.

—Hecho —respondió.

—¿Han aceptado...?

—Sin duda alguna. Ella regresará en la próxima astronave.

—No se esperaban esta bomba ¿eh?

—Se quedaron pálidos. —Mayfa rió fuertemente—. ¿No me invitas a un trago, Hill? —Claro, encanto.

Bill Kisher llenó dos copas y entregó una a Mayfa.

Después de unos sorbos, dijo: —Me marcho a Shittanoga.

—¿Tan pronto?

—Debo volver cuanto antes. Esas son mis órdenes.

Aparte, he de comunicarles lo que sucede. —Djawan ha muerto —dijo Mayfa.

—Lo sé. Pelby asegura que fue un ladrón que entró en su casa, pero yo no lo creo del todo. La clínica estaba bien protegida y los perros eran un obstáculo poco menos que insalvable.

—Bill, a fin de cuenta, son unas bestias. Un tipo listo puede engañarlas...

—De todos modos, el jefe debe saberlo. El dirá lo que hemos de hacer con Pelby.

Mayfa suspiró.

—Me gustaría conocer al jefe algún día —exclamó. Kisher soltó una risita.

—Es muy celoso de su identidad. Ya ves, yo mismo he hablado con él un par de veces, y todavía no sé quien es. Claro que no me importa demasiado; la curiosidad, a veces, mata, y yo quiero vivir muchos días.

—Salúdale de mi parte —dijo Mayfa.

—Así lo haré, encanto. —Kisher la miró críticamente de pies a cabeza—. Lástima que no pueda perder siquiera una hora de tiempo. Ibas a saber qué es un hombre.

Ella soltó una risita.

—Tiempo habrá —repuso.

Kisher se marchó. Mayfa dio media vuelta y se encaminó al baño, en donde se quitó la ropa. Completamente desnuda, se metió

bajo la ducha y estuvo así un buen rato. Al salir, alguien le entregó una toalla.

—Gracias —dijo Mayfa mecánicamente. De repente, lanzó un chillido.

La toalla, extendida ante ella, flotaba en el aire. Mayfa, aterrada retrocedió, sin preocuparse en absoluto de su desnudez.

Alguien lanzó de pronto una fuerte carcajada. Mayfa, con los ojos fuera de las órbitas, vio aparecer ante ella a Red Rutton.

* * *

Los dientes de Mayfa castañeteaban de terror. —No... no puede ser...

—Soy de carne y hueso —dijo Rutton tranquilamente—. Pero, cuando me apetece, puedo hacerme invisible. —Escucha... Te juro que no sé nada...

—He oído todo lo que hablabas con ese tipo. Vine contigo, en tu propio aeromóvil. —Entonces ya sabes...

—Lo que no sé es en qué astronave piensa volver a Shittanoga, y es lo que quiero que me digas.

—Yo tampoco lo sé, te lo juro Vino a verme a mi casa, me ordenó que llevase la «cassette» de video...

Rutton torció el gesto. Debía actuar con exquisito cuidado. Aún tenía tiempo de llegar al astropuerto, pero si al mensajero le sucedía algo, los Ladrones podían poner su amenaza en práctica.

—Dime una cosa, Mayfa.

La mujer estaba completamente desmoralizada. —Sí, si... Lo que quieras...

—¿Tienes que vigilar la marcha de Shana?

—Si.

—Cuando la hayas visto partir, ¿a quién se lo comunicarás?

—E... enviaré un espaciograma a Dirk Rotherick, el jefe del puesto comercial...

Rutton entornó los párpados.

—Está visto que en este cochino mundo no puede uno fiarse de nadie —masculló disgustadamente—. Siempre tuve a Rotherick por un buen hombre... pero está visto que no se puede fiar uno de las apariencias.

Hizo una pausa y añadió:

—¿Tienes que seguir vigilándome?

—Si. Hay otros también…

—De importancia, digamos secundaria.

—Si.

—Y los conoces, supongo.

Mayfa asintió. De pronto, Rutton movió una mano, a la vez que lanzaba una fuerte exclamación:

—¡«Ruwahkcor»!

El cuerpo de Mayfa sufrió una terrible sacudida. Sus ojos contemplaron durante unos momentos el lugar en que se hallaba, totalmente extrañada, como ausente de sí misma.

—¿Dónde estoy? —murmuró. Rutton le lanzó la toalla.

—Vístete. Luego te lo explicaré todo —dijo.

CAPÍTULO IX

—¿Estás segura de que Mayfa no nos traicionará?

Rutton hizo un gesto negativo.

—No te preocupes. Estaba sujeta a hipnosis y yo la liberé. Cuando le conté todo, por poco se muere.

—Pero la estoy viendo desde aquí —dijo Shana. Con el rabillo del ojo, miraba a Mayfa, parada indolentemente junto a una de las puertas de la estación espacial.

—Seguirá desempeñando su papel, como si no hubiera sucedido nada. En cuanto haya despegado tu nave, enviará un espaciograma a Dirk Rotherick. Luego se volverá a su casa...

—Y seguirá actuando con toda normalidad.

—Se lo he aconsejado. Ella está al frente de un pequeño grupo. Pero yo no me fío. Puede haber más espías de los Ladrones.

—Espías que espían a los espías.

—Justamente.

Sonaron unas campanadas. Una voz femenina anunció la próxima partida de la nave con destino a Shittanoga. Shana, con lágrimas en los ojos, recogió su bolso de viaje.

—Adiós, querido. Rutton sonrió.

—Buen viaje... Ah, una cosa. Puedo volverme invisible y, a decir verdad, sin apenas esfuerzo. También sé que puedo desplazarme instantáneamente, pero... ¿se puede hacer eso entre planeta y planeta?

—No. En tu caso, lo ilimitado, paradójicamente, tiene un límite.

—Ya —suspiró él. Se inclinó y la besó en una mejilla—. Buen viaje.

La cinta transportadora llevó a Shana hasta el pie de la escala de acceso a la nave. Desde allí, se volvió y agitó la mano en señal de

saludo.

Rutton hizo lo mismo. Luego, dio media vuelta y se encaminó a los servicios de caballeros.

A los pocos minutos salió y buscó su aeromóvil en el estacionamiento. Un hombre, de aspecto inocuo, le siguió hasta ver que llegaba a su casa. Entonces, llamó por la radio:

—Cero Uno a Cero Nueve. Ha vuelto a su casa.

—Cero Nueve a Cero Uno. Enterado. Siga vigilando hasta que se le releve.

—Enterado.

Mientras tanto, la astronave en que viajaba Shana se había lanzado al espacio y, en pocos momentos, había adquirido una enorme velocidad. Los anuladores de aceleración permitían que los pasajeros pudieran moverse con entera libertad, en un suelo tan firme como el del propio astropuerto y sin notar la menor molestia, merced a los generadores de gravedad artificial.

Los dos primeros días, transcurrieron con toda normalidad. Al anochecer del tercero, Shana, después de la cena, caminó melancólicamente hacia el gran mirador de proa, una vasta pieza, con ventanales de cuatro y cinco metros de altura, y que permitían una fantástica visión del firmamento.

La sala tema forma semicircular en la planta y las paredes se curvaban en un cuarto de esfera. Delante de ella, a dos metros más abajo, había una fila de divanes, en los que se sentaban quienes querían observar el espectáculo con más tranquilidad.

Una pequeña barandilla separaba los dos espacios.

Shana se apoyó con ambas manos en el borde y respiró con fuerza. Se sentía terriblemente irresoluta. Había vuelto a ver a Rutton y los sentimientos dormidos durante dos años, habían despertado de nuevo con fuerza irreprimible. Pero las leyes de su pueblo eran taxativas: tenía que casarse con alguien nacido en su mismo planeta.

—Es una ley absurda, injusta, racista...

Abstraída en sus pensamientos, Shana no se dio cuenta de que algo flotaba lentamente hacia ella. Era un pequeño puñal, de forma curva, que se movía sigilosamente hacia su esbelta garganta.

El filo del puñal teledirigido estaba en la parte interior de la curva. Casi parecía una hoz, aunque, desde luego, de un tamaño

notablemente inferior.

El hombre que manejaba el puñal, por medio de la caja de control, tenía la vista fija en la muchacha. De pronto, cuando el acero estaba ya a dos palmos de su objetivo, algo se cerró con fuerza sobre su garganta.

El hombre pataleó. Rutton mantuvo la presión inexorablemente, hasta que el cuerpo que sujetaba con las manos dejó de moverse.

El puñal, falto de sustentación, cayó al suelo e hizo un poco de ruido. Shana se volvió sobresaltada, justo a tiempo de ver una escena sumamente extraña.

Un hombre se alejaba por el corredor de acceso, con otro en los brazos. Shana, terriblemente preocupada, se inclinó y recogió el puñal. «¿Habían intentado asesinarla?», se preguntó.

Poco más tarde, regresó a su camarote, con el puñal prudentemente oculto entre los ropajes. Abrió la puerta y se quedó petrificada en el umbral.

—Entra —sonrió Rutton.

* * *

Terriblemente asombrada, Shana vio un bulto sobre su cama, cubierto con una sábana. Rutton movió la cabeza.

—Ellos no han cumplido su palabra —dijo—. Querían matarte.

Shana no sabía aún qué decir.

—Pero... yo creí que te habías quedado...

—Hasta este momento, he sido el hombre invisible.

Oye, lo he pasado bastante mal; tenía que ir al comedor, cuando todo el mundo se había marchado, y alimentarme de las sobras...

—Red, Red, éste es un juego peligroso —exclamó Shana.

—Lo es desde el momento en que viniste a pedinne ayuda —contestó él.

—Pero estarán vigilando tu casa. Si no te ven, sospecharán...

—Cariño, cuando nos separamos, yo fui a los lavabos. Un buen amigo salió poco después, con mi apariencia. El desempeñará mi papel, hasta que regrese a Berylia.

—Entonces, viniste aquí, invisible.

—Justamente. Ah, pide mañana un buen desayuno.

Ella esbozó una sonrisa.— Entiendo —contestó.

Luego volvió a mirar hacia la cama. —¿Está...?

—La verdad es que apreté demasiado. Para lo grueso que lo

tiene, su cuello era más flojo de lo que yo pensaba.

—Red, un cadáver a bordo es terriblemente comprometedor —exclamó la muchacha.

—Conozco bien este tipo de naves. A la madrugada, todo el mundo duerme. A nadie se le ocurre ir al basurero.

—¿El... basurero?

—Sí, el lugar donde se arrojan los desperdicios al espacio. Hay un expulsor-triturador, que se vacía automáticamente, cuando su contenido alcanza determinado volumen. Allí se arroja todo lo que no es metálico, que queda retenido por un electroimán, aunque incluso las paletas del triturador, que giran a decenas de miles de revoluciones...

—Basta, por favor —pidió Shana, con una mano en la boca—. No es necesario que te recrees en las descripciones.

—Lo siento, nena. Ahora, vuélvete un poco, por favor.

Shana obedeció. Rutton se dedicó a un examen completísimo del frustrado asesino, que había embarcado bajo el nombre de Grave Surn. Sin el menor escrúpulo, se apoderó de su documentación y retiró de su cuerpo todas las piezas metálicas que encontró, incluyendo los dos puñales eyectables que tenía en las punteras de los zapatos.

Al termínar se volvió. —Shana.

Ella giró en redondo y lanzó un grito. —Eh, oiga, qué hace en mi camarote... Rutton se echó a reír.

—Soy yo, encanto —respondió—. Sólo que he tomado el aspecto del difunto. Si desaparece, se le echaría de menos y eso no conviene. Por lo menos, debe desembarcar en Shittanoga.

Relajó la tensión normal y volvió a recobrar su apariencia normal. Shana respiró, aliviada.

—Así está mejor. Pero... ¿es necesario que ese cadáver siga en mi cama?

—Si te parece, lo pondré debajo.

—Muy bien.

Pasada las tres, Rutton cargó con el cadáver. Shana le abrió la puerta.

—Ven después —pidió.

—¿Para qué? —se extrañó él

—Ven —insistió la joven.

—De acuerdo.

Cuando regresó, Rutton abrió la puerta. La voz de Shana era un susurro:

—Red, no enciendas la luz.

—Pero, mujer…

—Acércate, ¿quieres?

Rutton dio unos cuantos pasos, casi a tientas. Una mano salió al encuentro de la suya.

—Ven —dijo Shana.

Hubo un instante de silencio. Rutton estaba completamente rígido.

—Shana, ¿de veras lo quieres? —preguntó al cabo.

—Sí, lo deseo. Más que nada en este mundo —contestó ella ardientemente.

—Va contra las leyes de…

—¡Al diablo con las leyes! —exclamó ella, exasperada—. No se puede obedecer una ley injusta. ¡Ven, Red, ven! —llamó Shana apasionadamente.

—Sí, ahora mismo —se rindió él por fin.

* * *

Aunque en el exterior reinaba la negra noche del espacio, la nave se regía por el horario normal. Era ya de «día», cuando Rutton y Shana, estrechamente abrazados, abrieron los ojos.

—Querido —murmuró ella.

Rutton la besó suavemente en la boca. —He estado pensando en algo— díjo.

—¿Sí?

—No es necesario que pidas desayuno doble. Puesto que voy a ocupar el puesto de Grove Surn… también puedo comerme su ración.

—Está bien. ¿Algo más?

—Sí. Por cierto, ¿cómo está «Hurko»?

—¿«Hurko»? —se extrañó Shana—. Ah, sí, se encuentra perfectamente, tan manso como siempre. No olvides que lo crié yo, prácticamente desde que salió del cascarón.

—Y… ¿lo empleas como vehículo?

—A veces.

—Estará ya muy crecidito, ¿no?

—Las últimas medidas dieron dieciséis metros de envergadura. Parado, en el suelo, alcanza los dos y medio de altura.

—Un buen ejemplar, evidentemente.

De pronto, Shana se incorporó a medias y quedó apoyada en el codo izquierdo. Su hermoso cuerpo quedaba descubierto hasta más abajo de la cintura.

—Oye, ¿por qué me haces tantas preguntas acerca de «Hurko»?

—Mera curiosidad —rió él—. Soy muy amante de los animalitos... —Contempló los hermosos senos de la joven y añadió —: Y de ciertos espectáculos que alegran la vista y el corazón —. Shana sonrió, halagada.

—¿Te gustan?

Rutton la atrajo hacia sí.

—Me gustas toda tú —contestó. Ella le abrazó desesperadamente.

—Al menos, me tendrás ahora —dijo.

—¿No lo lamentarás algún día?

—No me importará cualquier cosa que pueda sucederme por lo que haya pasado a bordo de esta nave. Nunca me arrepentiré ni olvidaré...

—Shana, en mi planeta, la Tierra, antiguamente, hoy no tanto, claro, porque las costumbres han cambiado... Pero, a pesar de todo, siguen dándose casos...

—Sí, continúa.

—Bueno, muchas veces, cuando los padres de la chica se oponían a sus amoríos con un hombre, ella se fugaba con su enamorado.

—¿Estás proponiéndome que me fugue contigo?

—Después de que haya terminado con los Ladrones, si la situación no cambia, se trata de nuestro futuro, Shana; recordar unos momentos de pasión es muy agradable, pero también melancólico. Es mucho mejor repetirlos cuando se quiera...

Shana agarró con ambas manos la cabeza del joven y la atrajo hacia su pecho.

—No sé lo que haré más adelante, pero sí sé lo que voy a hacer ahora, en estos momentos... mientras dure el viaje a mi casa... —clamó con voz que expresaba pasión y desesperación a un tiempo.

Un ardiente vértigo los envolvió y ambos se dejaron llevar por

aquel abrasador torbellino, que les hizo perder por completo la noción del tiempo y del espacio. Sólo eran ellos y no existía nadie más, fuera del reducido ámbito del camarote.

CAPÍTULO X

Después de los trámites rutinarios, Rutton abandonó el astropuerto, con una bolsa de cuero en la mano. A poca distancia, había un hombre, apoyado negligentemente en la metálica estructura de un aeromóvil.

Rutton vio el gesto del individuo, que se rascaba la mejilla, con el índice, mientras los dedos medio y pulgar estaban unidos en círculo. Simulando indiferencia, se acercó al sujeto.

—El jefe quiere verte, Grove —dijo el hombre.

—Iré luego —contestó Rutton.

—Ahora —insistió el sujeto.

—Pero ¿es que no voy a poder tomar siquiera un baño en el hotel? ¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

El hombre abrió la portezuela. —Entra.

—Muy bien —se resignó Rutton.

El aeromóvil levantó el vuelo en el acto. Desde su asiento, Rutton pudo ver el aparato en que viajaba Shana, en dirección a la capital. En las afueras había un hotel, enteramente terrestre, y el puesto comercial de Rotherick se hallaba en las inmediaciones, una serie de construcciones que formaban una gran U, con una enorme explanada en el centro.

En aquel puesto comercial se compraba y se vendía de todo. Muchos años antes, Dirk Rotherick, por su excelente comportamiento con los nativos, había conseguido el monopolio del comercio, y ello le había permitido progresar de forma extraordinaria. Pero, pese a sus deseos, no había podido casarse con una indígena y había tenido que «importar» una esposa desde Berylia.

El aeromóvil se posó treinta minutos más tarde en la explanada

del puesto comercial. Un segundo antes de tomar tierra, Rutton divisó a lo lejos, a unos quinientos metros de distancia, las primeras casas de la capital, típicas construcciones de forma circular, con techo cónico, situadas entre árboles de enorme altura y copa muy frondosa.

Los nativos sabían vivir, conformándose con poco.

En aquel mundo, de temperaturas tan benignas, la indumentaria se reducía al mínimo. Trabajaban sólo lo justo y sus ambiciones eran más bien modestas. Era un género de vida casi paradisíaco, que ahora podía estropearse por la ambición de un puñado de desalmados.

Se preguntó si Rotherick era el jefe de los Ladrones.

No tardarían mucho en saberlo.

Minutos después, era introducido en el despacho del comerciante.

—Hola, Dirk —saludó.

Rotherick tardó algunos segundos en contestar. Estaba muy ocupado en hacer algunas anotaciones en un libro de cuentas. Rutton lo encontró cambiadísimo.

En dos años, el pelo de Rotherick se había vuelto casi blanco y había en su cara unas arrugas que él no recordaba haber visto. El magnífico ambiente de Shittanoga no parecía haberle favorecido físicamente.

Al cabo de un rato, Rotheríck dejó la pluma a un lado. Abrió un cajón y sacó una pistola.

—Voy a matarte, Grove Surn —anunció fríamente.

* * *

Rutton sintió que se le encogía el estómago, aunque, rápido en sus reacciones mentales, supo darse cuenta de que Rotherick seguia confundiéndolo con el Ladrón muerto.

—¿Por qué, jefe? —exclamó.

—¿Todavía lo preguntas? —se indignó el comerciante—. ¡Quisiste matar a la hija del jefe!

Rutton enarcó las cejas. A bordo de la nave, se dijo, pululaban los espías más de lo que podia imaginarse.

—Pero, jefe, me pareció que sería conveniente...

—¡Imbécil! Lo habrías echado todo a perder. Los nativos hubieran adoptado una posición de resistencia pasiva, que habría

echado a perder nuestros planes. No, lo siento; en nuestra organización, no podemos permitimos los traidores ni los tipos con demasiada iniciativa propia.

—Espere un momento, jefe —pidió Rutton—. A fin de cuentas, la chica está viva, ¿no?

—Se te encargó que la vigilaras, simplemente.

—Y lo he hecho. ¿Quiere que le detalle cada uno de sus movimientos durante el viaje?

Rotherick pareció vacilar. Rutton continuó:

—Es cierto que quise matarla, pero luego me lo pensé mejor y adopté otra táctica.

—¿Cuál, Grave?

—Fui muy cortés y amable con ella y se sintió muy impresionada...

—¿Y qué más?

—Jefe, un caballero no debe ser indiscreto acerca de ciertos temas —dijo RuttQIl virtuosamente.

Rotherick soltó una estruendosa carcajada.

—Vamos, hombre... Grave, ¿piensas que soy tonto? ¿Crees que soy capaz de tragarme semejante cuento? Conozco las leyes shittanoguenses mil veces mejor que tú y... ¿Sabes lo que le pasaría a una doncella de este planeta, si se acostase con un hombre, antes de que fuese su esposo?

—Ah, eso no lo sé. A ella no parecía importarle.

—La última que se atrevió a amar a un hombre, sin ser su esposo, fue encerrada en una cueva, con un cántaro de agua y una barra de pan. Cuando consumió todo, murió de hambre y de sed.

—¡Caramba! —se asombró Rutton—. Son rígidos aquí, ¿eh?

Nunca había oído nada semejante a Shana y se propuso conseguir más detalles sobre el particular. «Si consigo sobrevivir», pensó.

—Yo soy aún más rígido, Grove. Lo siento, pero... Rotherick apretó el gatillo, pero el disparo pasó a un palmo del costado de Rutton. El proyectil barrenador se clavó inofensivamente en la pared opuesta.

Rotherick disparó de nuevo y otra vez volvió a errar el disparo. Sonriendo, Rutton se acercó a él y le quitó la pistola.

—Tienes muy mala puntería —dijo.

El comerciante parecía convertido en una estatua.

Rutton decidió hacer una prueba y levantó la mano derecha, a la vez que gritaba:

—¡«Ruwahkcor»!

Rotherick se estremeció con fuerza y sus ojos voltearon unos instantes en las órbitas. Luego miró a su alrededor, como asombrado de hallarse en aquel lugar. —Perdona, Grove. Creo que me quedé dormido...

—No estabas dormido, Dirk.

Hubo un momento de silencio. Rotherick tenía los ojos fijos en el hombre situado al otro lado de su mesa.

—Eres... Red Rutton...

—Sí. Dirk, ¿estuviste alguna vez en la clínica del doctor Pelby?

—Hace un año... Tuve que viajar a Berylia por asuntos de negocios... Me sentía muy nervioso; el exceso de trabajo, sin duda. Fui a ver a Pelby, estuve unos días en su clínica, haciendo una cura de sueño...

—Y te alistó en los Ladrones de Es-Bahr.

—¡No! —gritó Rotherick—. Jamás haría yo una cosa semejante...

Rutton le enseñó la pistola.

—Hace unos momentos, has estado a punto de matarme, porque creías que era Grove Surn. Por si no lo sabías, Surn anda ahora por el espacio, después de haber pasado por el triturador de basuras de la nave.

—Pe... Pero, ¿qué haces aquí?

—He venido a destruir la organización de los Ladrones, Dirk.

Sobrevino una pausa de silencio. Rotherick parecía indeciso.

—Red, amigo, dime que no es cierto que durante todo este tiempo, yo haya sido un miembro más de esa funesta banda... —habló por fin.

—Te lo contaré todo —dijo Rutton.

Ahora ya estaba seguro, y se sentía enormemente satisfecho, de que su amigo no hubiese actuado de acuerdo con los Ladrones, sino forzado por el enorme poder hipnótico del doctor Pelby. Cuando terminó de hablar, Rotherick le miró asombrado.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Rigurosamente verídico. Aún hay más; si yo volviese a

pronunciar la palabra clave, te haría bailar de coronilla o cualquier cosa que se me antojase.

—¡No, por favor! —rogó el comerciante, despavorido. Rutton se echó a reír.

—Volveré a tomar el aspecto de Surn —dijo.

—¿Cómo puedes hacerlo? —preguntó Rhoterick.

—Shana me traspasó gran parte de sus poderes mentales. Una cosa, Dirk. ¿Sabes quién es el jefe?

—Ha establecido un campamento en el límite Norte de los Volcanes, es todo lo que puedo decirte. Sé que está aquí, pero no le he visto... y desconozco su identidad por completo.

—Pronto lo averiguaré —aseguró el joven.

Adoptó la apariencia de Surn y se dirigió a la puerta.

Pero antes de salir, se volvió hacia Rotherick.

—Una pregunta, Dirk. Por casualidad, ¿tienes explosivos en tu almacén?

—Hay varias cajas de dinamita-XII.

—Guárdalas como si fuese oro en paño —aconsejó él.

* * *

El enorme pájaro se le acercó ronroneando como un gato gigantesco y bajó la cabeza, para frotar su pico contra el hombro del joven. Rutton le acarició el cuello, mientras contemplaba de reojo aquel afilado pico, que podía rasgarle el cuerpo desde el cuello a la ingle con un solo golpe.

—«Hurko», muchacho-dijo satisfecho —. Todavía te acuerdas de mí, ¿eh?

Había ido preparado para la ocasión y sacó del bolsillo unos terrones de azúcar, que el pájaro picoteó con suma delicadeza. En aquel momento, Shana se asomó a la puerta.

—Red —llamó.

—Hola, encanto. Estaba saludando a «Hurko»

—Papá quiere verte —manifestó ella.

—Muy bien.

Ardox W'olth, jefe del pueblo, le recibió en una sala espartanamente decorada, sentado en un largo banco, cubierto de pieles de animales. Su única vestimenta era un cinturón de piel. Pendiente del cuello, llevaba un gran medallón de oro, sostenido por una cadena, cuyos eslabones eran tan gruesos como el dedo

meñique de un hombre.

Rutton adoptó su apariencia habitual. —señor— dijo respetuosamente.

—Siéntate —indicó Ardox—. Shana, hija, tráenos vino.

—Sí, padre.

Ardox miró fijamente al extranjero.

—Shana me ha contado con todo detalle lo que ha pasado —dijo —. Temo que la petición de ayuda sea algo de lo que debemos olvidamos.

—Siento contradecirle, señor. Ahora, más que nunca, estoy decidido a destruir a los Ladrones.

—Cualquier paso que des en ese sentido, puede acarrear la destrucción de mi pueblo. Debo rogarte que abandones Shittanoga.

Shana llegó con dos copas, hechas de sendas piezas de ónice. Rutton bebió pausadamente el contenido de la suya. Shana, ataviada ahora según la moda shittanoguense, con dos trozos de piel, que cubrían sus senos y caderas, le miraba ansiosamente.

Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Es su última palabra, señor?

—Si, Red.

—Entonces me iré de Shittanoga.

—Lamento tener que ser tan duro, muchacho. Las circunstancias me fuerzan a ello. Trata de comprenderlo.

—Sí, señor. Antes de marcharme, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —accedió Ardox.

—He oído decir que la doncella que... se entrega a un hombre, sin ser su esposo, es llevada a una cueva, donde se la encierra, con un cántaro de agua y pan. ¿Es cierto eso, señor?

—Sucedía en tiempos. La costumbre se ha abolido ya. Es bárbara e inhumana, pero, a pesar de todo, la doncella que comete semejante pecado queda estigmatizada para siempre. Nadie le vuelve a dirigir la palabra mientras vive.

—Una condena injusta, señor. Ardox frunció el ceño.

—¿Por qué te interesa tanto ese aspecto de nuestras costumbres? Vosotros también tenéis algunas muy extrañas y que a nosotros nos parecen bárbaras...

—Mera curiosidad, señor —dijo Rutton con trivial acento—. Está bien, me iré de aquí en cuanto me sea posible.

Se puso en pie y caminó hacia la salida. —Te acompañaré— dijo Shana. Salieron fuera. Ella le miró largamente.

—¿Por qué tuviste que preguntarle eso a mi padre? —quiso saber.

—Rotherick mencionó algo sobre el particular. Quería saber lo que sucedía con certeza.

—¿Has hablado con Rotherick? ¿Con ese traidor? Rutton sonrió al apreciar la indignación de la muchacha.

—También estuvo en la clínica del doctor Pelby —dijo.

—¡Oh! ¿Y lo sabe?

—He roto el lazo hipnótico. Nos ayudará.

—Entonces no piensas marcharte.

—No.

Shana le miró fijamente.

—Yo también tendré que romper ciertos lazos —murmuró.

Rutton entendió el sentido de aquellas palabras.

—Piénsatelo bien —aconsejó—. Pero si tomas la decisión, no te arrepientas jamás.

—Nunca me arrepentiré —declaró Shana ardorosamente.

CAPÍTULO XI

Dormía profundamente y no se enteró de que había dos intrusos en la habitación, hasta que fue demasiado tarde. Cuando quiso reaccionar, se encontró con un chorro de gas en pleno rostro.

Manoteó desesperadamente, pero, a los diez segundos, cayó hacia atrás.

—Está listo —dijo uno.

—Vamos, saquémosle de aquí —exclamó el otro.

Completamente inconsciente, Rutton fue transportado en brazos hasta la azotea del hotel. Dada la hora, los pasillos estaban completamente desiertos. Unos minutos después, el aeromóvil en que viajaban los dos asaltantes y su prisionero, elevaba el vuelo.

Para mayor precaución, los dos Ladrones habían atado las manos y los tobillos del joven. Rutton despertó treinta minutos más tarde, dándose cuenta de lo que sucedía, pero no quiso volverse invisible. Hubiera sido un gesto inútil, porque las ligaduras hubieran seguido impidiéndole todo movimiento.

El vuelo se prolongó por espacio de una hora. Amanecía casi, cuando el aeromóvil, al fin, tomó tierra.

Sus secuestradores le obligaron a salir, tras haberle quitado las ligaduras de los tobillos. Rutton contempló el panorama que se ofrecía a su vista. Grandes barracones, gente trabajando con afán… y las cumbres de los volcanes a muy poca distancia.

Más arriba, en el cielo, se divisaba, pálido, a punto de ocultarse, Shittagani, el planeta gemelo de Shittanoga. De pronto, sintió que le empujaban con malos modos y echó a andar.

Momentos después, entraba en uno de los barracones.

Estaba amueblado con cierto lujo. Sentado tras una mesa, cubierta de papeles, había un hombre.

Rutton sintió un fuerte choque al reconocer al individuo. En aquel momento, adquirió la convicción de que se hallaba ante el jefe supremo de los Ladrones de Es-Bahr.

—Hola, Red Rutton —sonrió Frigann Lentz.

* * *

Durante unos segundos Rutton creyó que soñaba. Luego sospechó la verdad.

Lentz seguía sonriendo. De pronto hizo un gesto con la mano.

—Dejadnos solos.

Los dos esbirros salieron. Lentz se levantó y fue a una cafetera, de la que se sirvió una taza. Luego se volvió hacia el joven.

—Estás sorprendido de verme vivo —dijo.

—Lo admito. Te vi muerto.

—Era un doble, Red.

—¿Sabía él que podía morir?

—No —Lentz soltó una estridente carcajada—. De otro modo, ¿crees que lo habría aceptado?

—Entonces aquel asesinato estaba planeado…

—Sí. Tenía que hacerla. Era preciso que me alejase de Berylia durante una temporada.

—¿Por qué? Podías dirigir la organización perfectamente desde allí… En realidad, lo has estado haciendo hasta ahora.

—He de poner en marcha el mecanismo de la operación final —explicó Lentz—. Cuando todo funcione a la perfección, regresaré a Berylia.

—¿Qué explicación darás para justificar tu «resurrección»?

—Negocios. Debía realizarlos en secreto y contraté un doble, para que me supliese en mi ausencia y los competidores no sospechasen nada. La gente se lo creerá, Red, tenIo por seguro.

—No me cabe la menor duda-admitió el joven —. Una pregunta; ¿cómo has sabido que yo…?

—En realidad, no lo sabía; lo sospechaba. Rotherick hubiera debido matar al tipo que quiso tomar la iniciativa de asesinar a la hija de Ardox. Cuando supe que habías salido indemne de su despacho, me figuré que eras tú, aunque con el aspecto de Suro. Hiciste una buena máscara, ¿verdad?

Rutton sonrió. Era mejor que Lentz se lo creyese así, pensó.

—Digamos mejor que supe caracterizarme hábilmente —

corrigió.

—Y has estado hablando con el jefe.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha ordenado abandonar el planeta. Tú no me has dado tiempo.

—Hay cosas que prefiero ejecutar personalmente, sobre todo, si se tiene en cuenta que se trata de un tipo duro de pelar, como tú. ¿Sabes?, has estado a punto de arruinar mi organización.

—Es mi misión, Frigann.

—Lo sé. —Lentz apuró el café y volvió a la mesa— .

En realidad, Pelby ya no me resulta necesario. La ampliación de mis planes exige otros métodos y ya conseguí buenos resultados con las personas que él había hipnotizado.

—Frigann, sé que me vas a matar —dijo Rutton—. Pero, por lo menos, ¿puedes calmar mi curiosidad? ¿Qué es lo que te propones hacer?

—Es bien sencillo. Voy a interferir todo el tráfico espacial del sector. Ni una sola nave se moverá, sin que yo perciba una suma por el permiso de tránsito. Bueno, en realidad, lo hará Ardox y yo actuaré en su nombre. Ardox tiene pleno derecho a imponer ese canon.

—Y tú lo cobrarás... En su nombre, claro.

Lentz se echó a reír.

—Además tengo otros planes —añadió.

—¿Sí?

—La disposición de Shittanoga y su gemelo Sittagani, es muy peculiar. El segundo, como sin duda sabes, es inhabitable. Pero Shittanoga, dada su posición, crea un «hueco» en las pantallas de radar, hueco que aprovecharán mis naves para actuar, sin ser detectadas desde Berylia. La astronave que pase al otro lado de Shittagani, tampoco podrá detectar a las mías, hasta que sea demasiado tarde, debido al mismo fenómeno. Es un sector muy angosto, de pocos cientos de miles de kilómetros, pero suficiente para mis propósitos.

—Puedes colapsar el tráfico —objetó Rutton—. Cuando la gente se entere de que hay astronaves piratas...

—Bastarán unos cuantos golpes. Luego volverá todo a la

normalidad. Ardox declarará que, merced al contrato que hemos establecido, garantizamos la seguridad en el espacio. Entonces, todos considerarán beneficioso el pago del impuesto.

—Hasta destruirás una de tus naves, a fin de probar tus deseos de conseguir un tráfico seguro y sin riesgos.

Lentz se echó a reír.

—Sabes usar la cabeza, Red —dijo—. Lástima que tu modo de pensar te impida estar con nosotros. Ganarías mucho, en lugar de perder la vida.

—Ni siquiera me propones entrar en la organización.

—Sería inútil. Lentz lanzó un hondo suspiro. —Bien, esto se ha acabado ya...

Repentinamente lanzó un atroz juramento.

Rutton había desaparecido de su vista.

—¡Red! ¿Dónde estás? —aulló.

Apretó el gatillo, pero el dardo barrenador se clavó inofensivamente en la pared frontera. Lentz volvió a rugir.

—Ese bastardo...

La puerta se abrió de pronto. Bluto Kylh asomó en el umbral.

—¡Jefe! ¿Sucede algo?

—Rutton... Se ha escapado...

—Por las ventanas, no —dijo Kylh, asombrado—. Y yo estaba en la puerta, aguardando sus órdenes...

Lentz se concentró unos segundos en sí mismo. De pronto lanzó una exclamación.

—Ya sé lo que ocurre, Bluto —señaló el videófono— .

Anda, llama al jefe Ardox. Dile que quiero hablar con él inmediatamente. Procura ser cortés.

—Descuide, señor Lentz.

Lentz hubiera llamado directamente a Ardox, pero el protocolo de Shittanoga era muy estricto. Ardox hubiera sido capaz de cortarle la comunicación, de no haberlo solicitado previamente por uno de sus subordinados.

El rostro de Ardox apareció a los pocos instantes en la pantalla.

—Te saludo con afecto, jefe Ardox —dijo KyIh.

—Me gustaría poder hablar así —contestó el nativo secamente —. ¿Qué es lo que deseas?

—Mi señor, el honorable Frigann Lentz, desea tener el

incomparable placer de contemplar tu rostro y oír tu melodiosa voz. Atiéndelo, te lo ruego.

—La entrevista me dará dolor de estómago —respondió Ardox con mordaz acento—. Está bien, dile que se deje ver, para que pueda contemplar su repugnante cara y escuchar su odiosa voz.

Lentz apartó bruscamente a su acólito.

—Escúchame bien, jefe —exclamó—. Estás en mi poder y no quiero hacerte el menor daño, a ti y a los tuyos. Pero eso no depende de mí solamente. ¿Entiendes? —¿Qué quieres?

—Tu hija ha traspasado a Rutton parte de su potencia mental. Ordénala que rectifique o arrasaré vuestra tierra. Tienes veinticuatro horas de plazo para comunicarme que has cumplido mi orden. Eso es todo.

La comunicación se cortó. Lentz volvió a maldecir.

—Hay que vigilar el astropuerto, para evitar que Rutton pueda escapar —dijo.

—Jefe, son más de mil kilómetros —objetó KyIh—. Rutton no dispone de un aeromóvil...

—¡Imbécil! ¿Es que no me has oído? ¡A estas horas ya está en el poblado! ¡Puede trasladarse instantáneamente con solo desearlo! Pero, en cambio, si quiere volver a Berylia, debe utilizar una astronave. Esa facultad no sirve en el espacio, ¿comprendes?

—Sí, jefe. Ahora mismo...

Kylh corrió hacia la puerta, pero antes de abrir se volvió hacia Lentz.

—Jefe, ¿qué hacemos con Rotherick? —consultó.

—Deja que acabe primero con Rutton. Luego nos encargaremos de ese hijo de perra.

—Sí, señor.

Kylh salió del barracón, meneando la cabeza.

—Recorrer mil kilómetros en un segundo —murmuró—. Es algo fantástico... pero, ¿dónde puede haberse escondido?

* * *

Rutton hizo un esfuerzo y las ligaduras de sus muñecas saltaron. Luego fue a una consola y se sirvió una copa de vino.

Rotherick entró en aquel momento.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó. Rutton le miró fijamente.

—Dos Ladrones me secuestraron a la madrugada —contestó—. He estado en el campamento de Shittagoon.

—Y has visto al jefe —adivinó el comerciante.

—Si.

—¡Por todos los diablos! ¿Quién es?

—Frigann Lentz.

En la cara de Rotherick apareció una expresión de total incredulidad.

—Lentz murió asesinado.

—Era un doble.

—¡Qué astuto! Pero eso le impedirá volver...

—Cuando regrese, dirá que dejó el doble para realizar un negocio que exigía el secreto. Todos le creerán fácilmente. Su reputación es buena; nadie tiene por qué dudar de su palabra.

—Cierto. Pero... ¿es realmente el jefe de los Ladrones?

—Lo ha admitido en la conversación que tuvimos.

Dirk, amigo, necesito que me ayudes.

Rotherick se pasó una mano por la frente.

—Ha sido una temporada muy mala —dijo sordamente—. Yo tenía la sensación de que hacía algo que no estaba bien, pero no sabía qué era ni tampoco podía evitarlo. Creo que en este último año he envejecido lo menos diez, Red.

Rutton sonrió.

—Eso se ha acabado ya —afirmó.

Se acercó no la mesa, escribió algo en un papel y se lo entregó al comerciante.

—Llévame eso al almacén donde están los explosivos-pidió.

—¿Qué es, Red?

—Una fórmula que mejora la dinamita-XII. Si se llama así, es porque su potencia explosiva es doce veces la de la dinamita normal, con esta fórmula, la potencia se hace cincuenta veces mayor.

—Un kilo de dinamita equivale a cincuenta...

—Exactamente. Por favor, hazlo pronto; tengo que empezar a trabajar cuanto antes. —Descuida, Red.

Súbitamente se abrió la puerta y Shana apareció en el umbral.

—¡Shana! —exclamó Rutton, atónito—. ¿Qué haces aquí?

Ella le miró tristemente.

—Traigo malas noticias —anunció.

—Tu padre no quiere…

—No es eso, Red. Lentz ha hablado con mi padre y le ha ordenado que te desposea de los poderes que te concedí. Si no lo hago en veinticuatro horas, destruirá nuestra ciudad.

Hubo un instante de silencio. Luego Rutton, lentamente, dijo:

—Lentz es un tipo listo, no cabe duda. Ha sabido adivinar la forma en que escapé de su barracón.

—Sí —confirmó Shana.

—Está bien, no importa. De todos modos, antes de que finalice el plazo, los Ladrones serán ya sólo un recuerdo.

Shana se acercó al joven.

—¿Cómo piensas conseguirlo? —preguntó.

—Entra en mi mente y lo sabrás —sonrió él.

Shana adelantó otro paso y apoyó su frente en la del joven. Luego puso ambas manos en sus sienes. Rotherick les contemplaba con la respiración en suspenso, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

Al cabo de un minuto, Shana se despegó de Rutton.

—Ya está —dijo—. De nuevo eres un hombre normal. Rutton se echó a reír.

—No, no lo soy —contradijo.

—Red, te aseguro que…

Rutton abrazó fuertemente a la muchacha.

—Un hombre enamorado no es un hombre normal —afírmó con rotundo acento.

CAPÍTULO XII

Con un suspiro de alivio, dio por terminado su trabajo y contempló la obra realizada.

Esperaba tener suficiente con las doce bombas preparadas. Iba a ser muy arriesgado, pero no podía permitir que Lentz pusiera en práctica un plan que le iba a convertir en dueño de aquel sector del espacio.

Si lo conseguía, su ambición crecería desmesuradamente. Incluso podía convertirse en el amo del sistema. Sería capaz de pedir que la Tierra abandonase Berylia y los demás planetas. Un hombre como Lentz, adecuadamente sostenido por una infinidad de secuaces dispuestos a todo, era un peligro para la paz de la Galaxia.

Los Ladrones debían ser exterminados, concluyó, mientras ponía las bombas en la bolsa que le había proporcionado Rotherick. Ninguna era mucho mayor que su puño, pero cada una encerraba la potencia destructora de cincuenta kilos de dinamita normal.

COn la bolsa cargada del hombro izquierdo, abandonó el almacén y caminó sigilosamente entre las sombras. Un cuarto de hora más tarde, divisó un enorme bulto, inmóvil en el suelo.

«Hurko» tenía la cabeza escondida bajo el ala izquierda. Rutton le acarició el pescuezo con gran suavidad. A pesar de su mansedumbre, los pájaros gigantes tenían a veces extrañas reacciones. No quería que «Hurko» le soltase un picotazo en las tripas.

El pájaro despertó casi en el acto y le miró afectuosamente con sus redondos ojos negros. Rutton sonrió.

—«Hurko», buen amigo —dijo.

El pájaro ronroneó. Rutton se dispuso a montarlo.

De pronto, vio una silueta blanca ante sus ojos.— Shana —

murmuró.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Quiero acabar con los Ladrones, lo sabes bien.

Shana le miró con infinita curiosidad.— ¿Cómo? —preguntó.

—No te preocupes. Volveré pronto, es decir, a mediodía... El viaje es un poco largo.

Shana comprendió en el acto las intenciones del joven.

—Te verán llegar...

—Los pájaros gigantes son muy comunes en Shittanoga. Un aeromóvil sería detectado de inmediato por sus radares. Y sospecharían.

—Comprendo.

—«Hurko» es lo suficientemente grande para ocultarme, sobre todo, si se le mira desde el suelo. No temas.

De pronto Shana corrió hacia él y le abrazó con todas sus fuerzas.

—Vuelve, Red —pidió roncamente.

Rutton percibió en sus manos el calorcillo que se desprendia del cuerpo de la joven. Buscó sus labios y ella devolvió el beso con frenesí.

Luego le miró con ojos muy brillantes.— Iré contigo —dijo.

—Shana, estás loca...

—La pareja de «Hurko» se llama «Essia». No les gusta separarse.

Rutton sonrió.

—Pero esos ropajes, no son adecuados...

—¡Oh, qué importa!, Vamos, Red, no perdamos tiempo.

Shana silbó suavemente. Un enorme pájaro trotó a los pocos segundos hacia la muchacha. A una orden suya, se arrodilló y Shana trepó a su lomo.

—Lista, Red.

Rutton cabalgaba ya a «Hurko». Emitió un ligero silbido y el pájaro empezó a correr, a la vez que batía el aire con sus poderosas alas. Cincuenta metros más adelante, dio un enorme salto y se elevó hacia las alturas.

«Essia» seguía a su macho. Cabalgando en el pájaro Shana dejó que el viento hiciera ondear su vestimentá como una bandera de combate.

Y, en realidad, iban a combatir a quienes querían robarles su

libertad.

* * *

El hombre se afanaba en la soldadura de dos planchas de acero, cuando, de pronto, levantó la cabeza. —Sigue, no pierdas tiempo— gruñó Kylh.

—Esos dos pajarracos...

Kylh elevó la vista.

—Abundan en este planeta —dijo.

—Ya lo sé. Pero no me gustaría que uno de ellos me soltase un «regalito». A un amigo mío le cayó encima uno de sus excrementos y casi lo mata.

Kylh se echó a reír.

—Tienen que ser enormes, en efecto.

Los pájaros estaban a unos quinientos metros de altura y volaban a poca velocidad. De pronto, Kylh vio que algo se desprendía de una de las aves.

—¡Ya lo ha soltado! —gritó.

—Menos mal que no tiene «puntería» —rió el Ladrón. Pero la risa se congeló en sus labios un segundo después, cuando el suelo eruptó de repente un pequeño volcán, junto con una aterradora explosión.

La bomba estalló junto a uno de los barracones y su onda explosiva lo hizo volar en mil pedazos. Kylh comprendió en el acto lo que sucedía y echó a correr.

—Voy a avisar al jefe —gritó.

El pájaro dio una vuelta. Rutton lanzó la segunda bomba.

Kylh se tiró al suelo. La onda explosiva le hizo separarse de la tierra más de un palmo. Por un instante, creyó que le vaciaban las tripas.

Reinaba una absoluta confusión. El pánico era total.

Los Ladrones corrían alocadamente de un lado para otro. Kylh se propuso buscar una pistola, pero sabía que a tal distancia, los dardos barrenadores resultaban absolutamente ineficaces.

Lentz salió de su alojamiento, a medio vestir.— ¡Bluto! ¿Qué ocurre? —aulló.

—Nos bombardean, jefe. ¡Debe de ser Rutton!

—¡Rutton! Maldito sea...

Algo silbó de pronto. Los dos hombres se lanzaron al suelo.

Esta vez, la bomba cayó justamente dentro de un horno de fundición, que voló por los aires, esparciendo a su alrededor quemantes chorros de metal en fusión. Horribles gritos sonaron en los alrededores del impacto.

Todavía tendido en el suelo, Lentz alzó la cabeza. —¡Bluto, por todos los diablos, haz algo! —chilló.

—No tenemos nada para defendemos —contestó el esbirro desanimadamente.

—¿Ni siquiera un cohete?

—Están todos allí —señaló Kylh hacia los volcanes—. En las naves.

—¡En las naves! —se aterró Lentz.

—Están casi listas para operar...

De pronto Lentz vio que los pájaros gigantes se dirigían rectamente hacia los cráteres volcánicos, cuyo borde se hallaba a una altura media de siete u ochocientos metros sobre el lugar en que ellos estaban. El pánico más absoluto invadió su mente.

—Bluto, un aeromóvil —chilló.

—No hay ninguno útil, jefe.

A doscientos pasos de distancia, una bomba había caído en el lugar de estacionamiento de aeromóviles. El estallido los había lanzado dispersos. Algunos estaban volcados. Otros, ofrecían un aspecto lamentable. Pero saltaba a la vista que todos habían sido inutilizados.

Desde el lugar en que se hallaba, Lentz contempló impotente el vuelo de los pájaros gigantes, que ascendieron hasta convertirse en sendos puntitos, apenas visibles. Todos sus sueños, todos los esfuerzos de años y años, todos los crímenes cometidos, habían resultado inútiles.

Estaba absoluta e irremisiblemente derrotado. Agarrado con una mano al cuello de «Hurko», Rutton se ladeó un poco y divisó la nave posada en el fondo del cráter volcánico. Metió la mano en la bolsa que pendía de su cuello y lanzó una de las bombas.

«Hurko» obedecía con toda docilidad. Rutton se volvió un poco para contemplar la explosión.

La bomba chocó contra el casco de la nave. Un tremendo relámpago brotó al instante. Aquel aparato, se dijo, era ya sólo un montón de metal.

Siguiendo su vuelo, fue lanzando bombas sucesivamente a las restantes astronaves, hasta completar el número de seis. Cuando terminó su tarea destructora, aún le sobraban tres bombas, que lanzó hacia una de las naves que le pareció había sufrido pocos daños.

Al terminar, lanzó un grito: —¡Shana, ya podemos volver!

De repente, un colosal chorro de llamas subió a lo alto, junto con una espantosa detonación. «Hurko», asustado, aceleró el ritmo de sus aleteos, alejándose de aquel lugar a toda velocidad.

Los estampidos se sucedían sin interrupción. Enormes pedruscos subían a gran altura, proyectados por aquella inesperada erupción volcánica. Bruscamente, otro de los volcanes entró en actividad. Una gigantesca columna de fuego subió en pocos segundos a miles de metros de altura, con un fragor semejante al de miles de cañones disparando a un tiempo.

El suelo temblaba violentísimamente. Los barracones que aún quedaban en pie, se vinieron abajo, como si estuviesen hechos de papel. Lentz y Kylh contemplaban anonadados la apocalíptica catástrofe, mientras hacían esfuerzos desesperados para mantenerse erguidos en un suelo absolutamente inestable.

De súbito se oyó un aterrador crujido. La tierra se abrió.

Lentz empezó a gritar cuando vio que se producía aquella grieta, que se abría directamente en su dirección. Abrió los brazos en un gesto inútil y gritó algo que ni él mismo podía oír. Vagamente entrevió el fondo de la grieta, en donde algo hervía y burbujeaba ardientemente, pero, casi en el acto, el suelo le falló bajo sus pies y se precipitó en aquel infierno. Percibió una terrible oleada de calor y, casi en el acto, le abandonó toda sensación.

Los pájaros refrenaron su vuelo a prudente distancia.

Rutton y Shana les hicieron volver un poco, para contemplar lo que sucedía, desde un lugar seguro. El cielo estaba cubierto de llamas y de humo negruzco. En el campamento de los Ladrones ya no había el menor signo de vida.

—Durante muchos años, Shittagoon será un lugar inhabitable —dijo él más tarde, a la orilla de un río, en donde se habían detenido, para dar un descanso a los pájaros. «Hurko» tenía las patas metidas en el agua. De pronto, lanzó el pico y capturó un hermoso pez, que engulló en el acto. «Essia» graznó a su lado, evidentemente

descontenta por la falta de cortesía de su macho.

—Pero, ¿cómo ha podido suceder una cosa semejante? —exclamó Shana—. Ciertamente Shittagoon era un lugar inhabitable, aunque se suponía que todos los volcanes estaban apagados.

—El suelo debía de estar en un equilibrio relativamente inestable —respondió Rutton—. Hubo explosiones mucho más potentes que las de mis bombas, cuando empezaron a estallar los proyectiles cohete de que disponían las naves de Lentz. Eso provocó ligeros temblores de tierra, que fueron suficientes para romper la corteza bajo la cual la materia en fusión estaba contenida. Las erupciones, por tanto, eran inevitables.

Shana asintió. Era un espectáculo de una salvaje grandiosidad, aterrador..., pero, al mismo tiempo, pensó que el fuego de las erupciones eran las antorchas de la libertad de su pueblo.

Una libertad, sin embargo, relativa, en lo que a ella personalmente concernía, pero que estaba dispuesta a alcanzar a toda costa.

* * *

—Padre, me voy con Red.

Ardox miró fijamente a la muchacha. Rutton, discreto, aguardaba a un par de pasos de distancia.

—¿Estás decidida, Shana?

—Sí, padre. Totalmente.

Ardox hizo un melancólico gesto de asentimiento.

—Siempre pensé que tendría que llegar un día como éste —dijo—. Aunque no esperé que fueses tú.

—Hay costumbres que deben desaparecer —exclamó Shana—. Es preciso que lo comprendas y que lo comprendan los demás. Un aislamiento racial puede ser pernicioso a la larga. Sé que ahora no podría quedarme... pero te prometo volver más adelante. Estaremos en contacto; cuando me digas que la gente soporta mejor la novedad, volveré. Con Red. Claro.

—Te deseo que seas muy feliz; hija. —Ardox miró al joven—. A ti te doy las gracias por lo que hiciste en favor de mi pueblo, Red.

—Lo que ha dicho vale para mi más que todos los honores, señor —Contestó el joven.

Shana besó a su padre en la mejilla y retrocedió. Su mano se unió firmemente con la de Rutton.

—Adiós —se despidió, muy conmovida.

—Buen viaje —les deseó Ardox.

* * *

Rotherick acudió al astropuerto.

—Has hecho una buena tarea, aunque, diablos, el terremoto que desencadenaste no fue precisamente cosa de risa —dijo.

—Ya no existen los Ladrones. Algunos quedan en Berylia, pero se dispersarán, dejarán de constituir un peligro.

—Red, te agradezco lo que hiciste por mí personalmente, ser un robot o cosa parecida y obedecer órdenes de los Ladrones de Es-Bahr era algo repugnante.

Se volvió hacia la muchacha y le entregó una caja plana, de terciopelo negro.

—Un regalo de bodas, señora Rutton —dijo.

Shana se puso colorada.

—Todavía no nos hemos casado —contestó.

—Tardarán muy poco —rió el comerciante—. Ah, Red, tengo una noticia para ti. Druggs ha salido para la Tierra, a fin de ponerse en tratamiento. Adivina quién ocupa su puesto.

Rutton sonrió.

—No se me ocurre ningún nombre —dijo.

—Dace Tulls. El Procónsul le ha nombrado comisario de Seguridad Espacial. Ese cargo habría sido para ti, pero como enviaste la dimisión...

—¿Qué dimisión? —se sorprendió el joven—. Yo no... —De pronto, se echó a reír—. Maldita burocracia... La carta que envié a mi jefe, antes de que me encargase el caso, debió de quedar por alguna parte. Alguien, demasiado celoso de su deber, le daría curso y... De todas formas, pensaba hacerlo. Y Tulls será un buen comisario.

—Sí, seguro —convino Rotherick—. Ah, ¿sabes que los nativos te han puesto un apodo?

—No —sonrió Rutton—. ¿Cómo me llaman, Dirk?

—Shittag-Hoo. Si conoces el idioma de este planeta, sabrás lo que significa.

—«Hombre de Fuego».

—Exacto. Y, la verdad, después de lo que ha pasado, te mereces el sobrenombre.

Rutton hizo un gesto de aquiescencia. Luego pasó el brazo por la cintura de la joven.

—Vámonos, Shana —dijo.

—No dejéis de usar mis anillos en la ceremonia —pidió Rotherick—. En la caja, además, hay un regalito especial para Shana.

—Descuida, Dirk.

Rutton y la joven echaron a andar, estrechamente unidos. Rotherick les contempló con envidia.

—El futuro es de ellos —suspiró.

FIN